Mario Mariani

LAS ADOLESCENTES

Precio del volumen en la Capital: 0.30

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

LAS ADOLESCENTES

Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

MARIO MARIANI

LAS ADOLESCENTES

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

PRÓLOGO

Los críticos y algún lector dirán: pornografía. Yo tengo, en mi vida, un viejo vicio del cual estoy contentísimo: hacer a mi modo y dejar a los otros que hablen.

Esta es mi canción de primavera, que la creo también de arte y no quiero fatigarme haciendo el examen de la odiada cuestión de los límites que la moral impone al arte, examen ya hecho por los jueces que discutieron "Las flores del mal" de Baudelaire y "Madame Bovary" de Flaubert, examen que reasumió con gusto, en defensa de Mimí Bluette, mi buen amigo Guido de Verona, quien, sea dicho para la paz de los moralistas, por escrúpulos morales ha arruinado, desde el punto de vista artístico, uno de sus mejores libros: "La que no se debe amar".

Yo me limito a repetir aquí una frase de Oscar Wilde que tiene para mí un valor definitivo: "No hay libros buenos y libros perversos, sino libros bien escritos y libros mal escritos". Esta es mi canción de primavera y yo he tratado de escribirla bien.

Pero luego, si se observa, yo voy un poco más allá que mi buen amigo Guido; yo estoy tratando de demostrar que para mí la inversión de los valores morales auspiciada por Federico Nietzche es una cosa malditamente seria. Yo soy inmoralista por convencimiento filosófico, rehuyo a las costumbres, a las leyes, a la moral burguesa como cosas profundamente inmorales, y ante esa vieja moral, yo tengo el derecho de ser amoral o inmoral. Por eso yo juzgo todo al revés: la mujer que en nombre del matrimonio—el matrimonio para mí es un contrato de prostitución a largo plazo—permanece fiel al marido sólo por el miedo de perder el pan cotidiano, es una hipócrita y una prostituta.

Nuestra sociedad la llama mujer honesta. Mientras para mí, aquella que la sociedad denomina cantonera, es un puente entre la esclava de ayer y la sociedad libre del mañana.

Si un hombre me asegura: yo soy un hombre de bien según todas las leyes y también según todos los prejuicios de la sociedad burguesa, yo pienso: éste es el más perfecto sinvergüenza que haya caminado bajo las estrellas. Mientras si me dicen: el tal es un delincuente, yo pienso que si ha roto, despedazado cualquier ley, costumbre, prejuicio de esta repugnante sentina de todos los vicios y de todos los jesuitismos que es la nuestra actual sociedad burguesa, es un hombre rebelde, es, tal vez, un héroe.

Entonces, a juzgarme por vuestra moral críticos y lectores púdicos, perdéis el tiempo.

¿Queréis que este libro sea pornográfico? Muy bien. ¡Viva la pornografía!

Figuran en este libro las adolescentes que aman.

Mejor: son adolescentes que me han amado, y figuraros si no las amo, en el recuerdo, ahora que los años comienzan a aconsejarme la filosofía, que según Boecio es una consolación; pero creedlo, una lamentable consolación.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

El derecho romano admitía que la mujer fuese mujer cuando la naturaleza la ensangrentaba por primera vez. Si ustedes toman un piroscafo y atraviesan, en veinte horas, el Mediterráneo, encontrarán que las mujeres árabes empiezan a ser mujeres a los ocho años y terminan de serlo a los veinticinco. ¡Cuestión de tiempo y de latitud, la moral!

Nosotros queremos ser bestias: queremos prohibirnos estúpidamente también aquella sola alegría que la naturaleza nos concedería gratuita y obligar a maravillosas chiquillas a consumir en vicios solitarios de placer que podrían, sin daño alguno, gozar y profundizar.

Nosotros somos — es decir, ustedes moralistas son — imbéciles y perversos.

Pero no nos ocupemos más de los moralistas: huelen muy mal.

Cantemos nuestra canción de primavera.

Rosella, Gioietta, Flordespina, Primalba, Primavera, adiós!

—¿No fuísteis el sueño de mi juventud, y no me amásteis porque os amaba? ¿Y hoy que mi juventud muere, no huís porque no puedo más amaros?

Vosotras viviréis aún, criaturas adorables.

Llevaréis por el mundo vuestras trenzas atadas, negras o rubias, vuestros grandes ojos dulces, soñolientos, llenos de deseos no satisfechos, vuestras clavijas sutiles, nerviosas, provocantes. Vuestros cuerpos elásticos y escotados con sus requiebros precozmente voluptuosos, vuestros senos aún firmes, los únicos senos firmes y pequeños que caben en una mano y son tibios y frescos y tienen la piel fina como pétalos de cardenia.

Rosella, Gioietta, Flordespina, Primalba, Primavera, flores maravillosas de pecado, en los umbrales de la vida, albas de amor y de vicio, dejad que yo bese, antes de deciros adiós para siempre, vuestros piecitos de nieve. Piecitos de pastorcitas montañesas.

He visto en vuestros ojos, cuando me mirábais, el abismo de la indiferencia, y sé que jamás yo debo ser vuestro padre. Sí, vuestro padre.

Y lloro, lloro mi juventud perdida, lloro los imposibles amores.

He pedido al demonio del alma de renovar para mí el prodigio de Fausto y de Boriano. Pero el tiempo de los prodigios ha pasado, mis milagrosas criaturas.

¡Oh si pudiese clavar la esfera del cuadrante del tiempo y sobre las esferas clavar mi juventud que se evapora!

Pero nada puedo.

Y yo que era toda la belleza y toda la perfidia, yo que os hacía temblar y desmayar sólo con tocaros, sólo miraros, debo ahora continuar mi camino en la sombra sin vuestra sonrisa, sin vuestra caricia, sin vuestras miradas ambiguas, espejo de un deseo.

Vuestros ojos no tendrán más resplandores para mí.

Yo no tendré más en el hueco de mi mano vuestros pequeños senos tibios y frescos; tibio como la leche apenas ordeñada, fres-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

cos como las hierbas bañadas por el rocío.

Yo no besaré más vuestras bocas deliciosas que me han sabido a fruto amargo.

Yo no tantearé más con mis manos asidas a vuestras formas nacientes y perfectas.

Adolescentes, amores míos pecaminosos, pero sagrados, y perversos, pero sublimes.

Mujeres a quienes sólo he amado tanto hasta morirme, tanto hasta mataros, yo muero por ustedes y dejo sobre mi tumba un epitafio que es vuestra alabanza, que es la canción de toda mi carne, la canción de toda mi sangre.

Cada página de este libro es un sollozo. Cada palabra es una lágrima. Tengo la garganta llena de sollozos, tengo en la garganta un nudo que se parece a aquel de placer que cerraba la vuestra cuando yo me plegaba sobre vosotras, cuando el infierno os ceñía conmigo y cuando abrazadas a mí se os abrían la puerta de cien paraísos. El mismo nudo en la garganta, porque el mayor placer y el mayor dolor se parecen.

Y me batían los pulsos, y la sangre hervía en las venas, y los vértigos me quitaban la vista y me sentía caer en abismos desmesurados. Me parecía que el corazón me saltase adentro el cerebro y que éste se perdiese en una nube negra, cayendo en un abismo espantoso de luz.

Y aquello era la vida.

Porque la vida es bella. Es el amor.

Yo he llevado mi alma a todos los perfumes del mundo.

Yo he cogido todas las flores del mal.

Yo he besado de rodillas las rodillas marmóreas del vicio.

Y he visto mi rostro en el espejo íntimo, pálido como las ninfas, como la luna, como la muerte; pálido como el pecado.

Y en el rostro blanco una hendidura roja: la boca.

Y en el rostro blanco dos piernas preciosas llenas de reflejos verdes: los ojos.

Yo he dejado que sobre mis nervios las vírgenes y los espantajos sonasen sus acordes espasmódicos.

Mujeres bellas, mujeres perversas, cuando el orgullo no me encadenaba a mis sueños ambiciosos, yo era vuestro. Tan vuestro, que me habéis mostrado los horrores—bellezas para mí—de vuestras almas, moviéndose en infiernos atroces de perversidad y de perfidias.

Vosotras me habéis hablado como a un confesor alegre, porque sabíais que yo había puesto todo mi deseo de gozar sobre el sepulcro de la falsa moral.

La piedra sepulcral está todavía. Yo me he sentado encima y canto la canción de primavera.

Canto y mi canción termina con una lágrima.

Porque la juventud no vuelve.

Fiorella, Flordespina, Primalba, Primavera, adiós!

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

LAS ADOLESCENTES

AMOR MATERNO

Se llamaba Nella, bello nombre toscano. Yo la llamaba Monella. Y había su porqué.

Ciertamente era natural de Siena y allí había crecido puesto que hablaba la lengua que escriben Fernando Martini y Fernando Paolibi: Nando I y Nando II; la más clara, la más armoniosa y eficaz, pintoresca e incisiva, fantástica y matemática de todas. Es una lengua muerta que según parece se escribía en el treciento y en el cuatrociento y que las francesitas de Italia, envilecidas siempre — se llamasen veristas o románticas, simbolistas o parnasianas, según el último figurín de París — han enclavado en una linda casa, sepultándola en fiesta de imágenes. Yo, que conservaba por dicha lengua una curiosa simpatía, no sabiendo dónde estudiarla, la estudiaba por boca de Monella. La quería, bien no sé si más por su hablar o por su mohín de bestiezuela.

Eramos amigos, buenos amigos, y entretanto sólo amigos. Yo gozaba de los chismes, de la murmuración, al servirse el acostumbrado café en las largas noches de invierno, cuando faltaban los contertulios ancianos, género preferido de la mamá.

Las demás también la querían mucho y sin ese mi mal del corazón por una actriz habría podido enamorarme. No habría hecho, sin duda, bella figura, pero yo de la gente me río.

En cosas de mujeres basta con estar contento uno mismo.

Era, entonces, apreciada, querida, pero... sin belleza nada extraordinaria. Con todo que se esforzase por

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

parecer adolescente, y conservar el rostro así, advertíase que había pasado los diez y ocho años, avecinándose ya a los veinte. Se pretendía aún pequeña y trataba de dar al cutis con toda índole de cremas y ungüentos una frescura de leche y sangre de virgen. Llevaba todavía los cabellos sueltos por la espalda, un bello raudal de cabellos cortos, pero fuertes, de color leonado rosáceo, y encima el gorro a la marinera, a lo Rafael Sanzio. Vestíase con chalequillos y "figarettes" a la marinera y a la española, con grandes bandas en los flancos y flecos que descendían más abajo de las rodillas.

Sus piernas eran perfectas, no muy pulposas ni demasiado sutiles; nerviosa y sutilísima era la clavija, y envolvía siempre sus piernecitas en medias de seda lúcida y transparente, tras de las cuales la carne aparecía blanquísima y velada por una red de acero pérfido. Calzaba zapatos muy brillantes, estrechos en la punta, pero con la suela fuerte, plana a punto marcado y el taco inglés como el de las colegialas que juegan a la soga. Sentada tenía siempre las piernas una sobre otra; la falda enredada en las rodillas, dejando ver a través de ella, bajo las ligas, más allá, un misterio de seda negra que sólo los amigos de su mamá sabían explicarse.

Apenas llegada a casa, decíase, echaba el gorro sobre un diván, la pañoleta sobre el lecho, la capa sobre la mesa y quedaba, luego, envuelta, fajada en una funda de seda negra: su malla de forzada. Había hasta quien aseguraba que de pequeña fué contorsionista y sonámbula de circo.

Ciertamente su cuerpecito era frágil, anillado, elástico y todos sus modales tenían una desenvoltura cadenciosa de gimnasta. Sus gestos, sus acciones, su modo de discurrir, hacíanle andar por toda la casa con aquella tranquila seguridad un poco descarada, otro poco irónica que es propia de los varones y que hace pensar siempre en una educación descuidada.

Era traviesa y descuidada, pero sin exageración, tanto que no molestaba ni disputaba. Fumaba mucho; leía

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

las novelas de Guido de Verona. Blasfemaba, quería bien a los animales, era picada y ávida de dinero, y si no hubiera sido por aquel osco de su madre, habríase permitido ciertos caprichos, habría cortejado también a jóvenes, empleándolos con esa su gracia de cabrita que alguna vez conseguía dar vértigos.

Sí, porque de repente era exasperante por el aire felino de libertinaje que atinaba a asomarse entre una mirada y una sonrisa.

El mohín de bestiezuela despechada tenía no sé qué de grotesco; los ojos que no endulzaba nunca, eran color de uva madura, una mezcla de verde y turquesa que sólo el agua muerta de un lago espejeando en modo alterno, la orilla del prado y el cielo, podría rendir.

La mirada siempre oblicua, era un tanto torva y profunda, de aquella vaga profundidad que hace aparecer a muchas mujeres extraordinariamente inteligentes, aunque no lo sean.

La nariz era breve, la frente bastante baja, la boca larga. Todos defectos graciosísimos, porque la nariz le daba ese tono de desprecio e infantilidad que hacía trastornar a los viejos, la boca sensual, carnosa, le daba sobre la cara una herida perversa que provocaba a los jóvenes, y la frente cubierta de cabellos blondos, fuertes y ensortijados dábanle un rasgo de obstinación y de carácter inquietante. En suma, una mujer no bella, más sí singular, bizarra y sobre todo provocante.

En Toscana hay aún chicas hechas de ese modo, con los rostros de las traviesas de Mno y de Donato; los rostros de las adolescentes de la "Cantoria".

Tal era Monella, una amiga del café de los Espejos.

Su madre, la señora Nena, que aspiraba a la dignificadora tarea de maestra—porque Monella estudiaba canto, oficialmente — era muy distinta de su hija. Era todavía una bella mujer de treinta y cinco años, que sólo demostraba treinta o treinta y dos. Más alta que Monella, bien redonda de formas, un perfil casi clásico y los ojos llenos de melancolía, hundidos, que brillaban revelando toda la vida pasada.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

Era, sin embargo, lo contrario en absoluto del carácter de la hija; aunque fuese por razones de educación... Tenía en todos sus actos, en su modo de ser, de hablar, una rigidez hierática y una austeridad capaz de dar envidia a un profesor de filosofía. Y cierto aire de cansancio lánguido hacíala más agradable, más interesante. Su austeridad compuesta—aire de espanta moscas—aplicábala ante todo a los jóvenes frecuentadores del café que quería tener lejos de su hija; el cansancio lánguido con los viejos comerciantes que deseaba tener cerca de su hija y de ella.

Yo para la señora Nena era un tolerado. No he comprendido jamás el motivo de esta predilección, pero creo que se debía a que yo, desgraciadamente, era un joven viejo. Porque yo, y lo digo suspirando, por razones de familia, no he podido ser nunca un joven de veinte. Tenía, además, en aquel tiempo una posición social, conseguida por un empleito honesto en cierta redacción y una crónica seriedad debida a las ambiciones que me corroían el estómago.

La señora Nena me tomó, entonces, casi por su confidente. En las noches en que faltaban los parroquianos concedíame el honor de pagar el ponch a ella y a su hija y de entretenerme largo rato discurriendo con ambas y acompañándolas hasta su casa. Debía empero permanecer en el umbral y pasé más de seis meses suspirando al cruzar ese umbral que para mí tenía un delicioso misterio carnal, siendo a la vez una extraña locura humana. Yo imaginaba todo y las alusiones de los camareros, si no lo hubiese sabido por mí mismo, habríame advertido de ello.

Después también los hombres serios, ciertas noches cuando la señora Nena salía en compañía de Monella y del comendador Tizio o del ingeniero Caio, dejaban a un lado la seriedad para hacer tertulia en donde había cambio de sonrisas y frases risueñas, que, no de comprenderlo, érase en verdad poco inteligente.

Entonces una vez para salir de dudas seguí a la distancia al joven Brighenti cuando las acompañaba a ca-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

sa, y les había visto cruzar ese bendito umbral que mis años no me permitían cruzar y luego no le ví descender sino a las cuatro de la madrugada. A las cuatro de la mañana me había cansado de montar guardia, pero ya comprendía bastante.

Decíase que la señora Nena era morfinómana.

La señora Nena hallábase sin embargo satisfecha de verme en su mesa tres o cuatro días de la semana y de dejarme entretener familiarmente con su hija y también de hacerse acompañar a su casa.

Como Monella representaba el papel de la mujer libre, pero honesta en el negocio, la madre representaba la parte de la señora pobre que debía vencer miles dificultades para seguir adelante con una modestísima pensión y para hacer asimismo que su hija estudiara el canto, porque ahora tenía en la mente la idea del teatro y quizá dónde iría a dar si no fuese por ella. El café era frecuentado por muchos señores influyentes de la ciudad y para una muchacha que debía debutar dentro de un año las protecciones no eran nunca demasiado: el mundo es así y hay que darse a conocer a tiempo.

Toda esta historia yo debía contársela después a mis amigos jóvenes, con quienes jugaba al billar, añadiendo, bajo palabra de honor, *que no había nada que hacer.*

Tal era el cuento tácito, sobreentendido de mi familiaridad con la señora Nena y con Monella. Y yo, también, no dejaba de prestarme al juego. Y hasta una noche tuve un incidente que pudo terminar a golpes de puños con Doriani, el cual hacía de excéptico profesional. Poniendo a mi frase: "queridos: no hay nada que hacer" este agregado que me pareció una bofetada: "para los imbéciles". Yo pensaba que tenía perfecta razón, pero debía mantener el tácito acuerdo que me daba derecho a la familiaridad de Monella.

Porque, en suma, a mí Monella me agradaba y quizá, haciendo de persona seria, poco a poco, quien sabe... en fin...

Después los años pasaron. Mis veinte eran ya veinticinco. Yo veía con placer que la señora los dejaba pasar.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

Luego por buena fortuna me ayudó el caso. ¿O Monella? No lo sé. Sólo sé que Monella comenzaba a adquirir cierto aire de independencia ante su mamá y permitirse algunas de las suyas demostrando una sugerente simpatía por mí.

Además hacía tiempo que yo desempeñaba regularmente mi papel y había abonado ya cerca de doscientos francos en helados, café y ponch. Un poco de piedad debían tenerla.

Una noche de invierno, entré a las ocho y media, en el Café de los Espejos para jugar unas carambolas.

Estaban ya en el despacho, solas; y en el café no había nadie. En el teatro Alighieri se daba la primera representación de "Anime Solitarie", por Zacconi.

Tomé asiento, pero estuve dispuesto a levantarme pronto por si hubiese llegado algún adversario temible por sus años o por su dinero. Tanto fué que no doblé mi gabán.

Monella preguntóme porqué no había ido a ver a Zacconi; respondíle que tenía vista varias veces "Anime Solitarie" cuando con Zacconi actuaba de primera actriz Emma Grammática y ahora no deseaba gastar un recuerdo.

Añadí que por dicha razón había rechazado el palco que la empresa cedía a la redacción de mi diario.

Monella tuvo un sobresalto: Telefonée, telefonée, rápido y si a mí está reservado el palco marcharemos todos, los tres. Confieso que me latía el corazón apresuradamente. Sabía que los palcos del Alighieri tenían un antepalco. Pensaba: de una cosa nace otra cosa y tenía el presentimiento de que estaba por hacer el inesperado desenlace de mi historia, desenlace de mi historia cretina.

Y mis presentimientos no son equívocos nunca. Afortunadamente el palco estaba reservado. Reclamé que se guardara hasta que yo fuera a retirarlo.

Llamé un coche y subimos a él, emprendiendo el viaje, que fué largo. El penco tiñoso, andaba a brincos, a saltos, de aquí para allá, en ritmo, haciendo milagros de equilibrios para tenerse en pie y esto me favorecía porque

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

a cada barquinazo yo daba la culpa a la fuerza mayor y oprimía cuanto era posible.

Estaba sentado en el medio. Mi muslo derecho oprimía el muslo izquierdo de Monella; mi muslo izquierdo apretaba el muslo derecho de la señora Nena. Para hallarme más cómodo había pasado los brazos en torno al talle de ambas y deseaba que el viaje fuese eterno. Preguntábame a cuál de las dos, si a la madre o a la hija, debía besar primero o si debía besarlas juntas como quien no hace nada. Me tildaba de imbécil, más era tímido sólo porque en el fondo no se trataba de mujeres honestas y tenía temor de romper el huevo en el canasto propio en el instante de meterlo en la cazuela.

Finalmente resolví tentar con Monella, pues, parecíame más dispuesta a ser mi cómplice. No erré. Tampoco quería adelantarme mucho en mi juego, pensando en las dulzuras del antepalco en los intervalos y en la mejor manera de cruzar el umbral del paraíso prometido.

Hallábame francamente muy nervioso; comprendía que habría bastado un pequeño inconveniente para comprometer el buen suceso; sentía que era difícil hacerme entender y advertir que la menor niñez, un solo gesto, alterado, bastaría para alterar las buenas disposiciones.

Zacconi me ayudó maravillosamente. El beso de las dos ánimas solitarias agradó extraordinariamente a Monella, por ley de contraste. Lo quiso así, también ella; presa de flanco, con la cabeza echada atrás, los labios sobre los labios, por un cuarto de hora.

Y Monella estaba entusiasmada de su escapatoria, de su coraje en fiar a un joven, contrariamente a las reglas y a la enseñanza maternas y a un reclamo de la madre tuvo la altivez de responderle.

—¡Uff!, ¿sabes que me tienen cansada?

A mí díjome en cambio:

—Mira; esa bendita mujer tiene las ideas de su tiempo... Si los hombres no tienen más de cincuenta años no pueden ser personas serias; pero como yo no tengo el menor intento de hacer litigio y deseo divertirme, haz la persona seria y haz la corte a ella con toda hipocresía.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

Háblame de salvar las conveniencias; hablar de sentimiento... de respeto a la familia... son cosas que le llegan al corazón.

Lo esencial es que tú logres atravesar ese bendito umbral... después en casa ya es otra mujer... cerrada entre cuatro paredes, lejos de los ojos del mundo créese autorizada a buscar su comodidad y entonces resulta ser mucho más machona. Es preciso, pues, una hora de paciencia.

Yo pregunté:

—¿Crees que una cena con un poco de vino sería bueno?

—Oh, indudablemente... a mamá le gusta el vino y luego hácese más tratable.

Acabada la representación propuse la cena, y fué aceptada. Dejé que la mamá eligiese los vinos. Se reía mucho. Yo por debajo de la mesa tocaba a diestra y siniestra y sobre la mesa repartía de beber a los dos comensales y a mí.

Las cosas sucedieron como deseaba yo.

Ni siquiera cuidé de mucha diplomacia. Ya en el famoso umbral, díjome la madre de Morella:

—Acompáñenos hasta allá; yo no tengo luz; le ofreceremos también una copita de licor.

No me hice rogar. Entré que eran las dos de la mañana y salí a las once y media, a la hora del almuerzo.

* * *

IN VINO VERITAS—

Guardo de aquella noche un doble recuerdo. Un recuerdo de alegría cumplida y un recuerdo de sabiduría aprendida.

Al principio ni el mucho vino Barbera bebido pudo extraviar a la señora Nena de su modo habitual. Toda mujer que conozca las argucias de la moral, tiene una historia y una hábil escuela de comerciante. Es la parte mejor sabida por ella, de tal suerte, maravillosamente, que engaña al más experto.

Hay mujeres que quedarían viudas para siempre después de tres meses de casadas, mujeres que descenderían

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

por primera vez a la estación de una ciudad en la que habitaron por espacio de quince años, mujeres que siempre tendrán a sus maridos en el hospital, mujeres que arrastrarán detrás suyo criaturas que han de llamarle mamá toda la vida y que son hijas de una vecina, mujeres que huirán siempre del marido brutal que las castigaba... Todo esto lo quieren los hombres.

¿Quién sabe por qué el burgués paga cien francos por la mujer que supone casada, mientras no le daría ni veinte francos sabiéndola libre?

¡Y el moralista burgués sostiene la santidad del matrimonio!...

* * *

IN VINO VERITAS—

Al principio debí someterme a la comedia acostumbrada... Morella habíame dicho de callar y de obedecer. Mientras yo la besuqueaba sobre una otomana, la madre gritó, severa:

—¡No sigan haciéndose los muchachos!... Tú, Nella, acuéstate, y él que venga conmigo.

Monella me empujó dulcemente, haciendo un mohín, y yo seguí a su digna mamá, que en seguida se arrojó en mis brazos con una furia hecha de imploración y de pasión tirana:

—No. No, déjame a la pequeña... Mirá: Nella no comprende nada; yo en vez... Y además yo te quiero, te amo.

Era bellísima, con los ojos lúcidos, con los cabellos descompuestos, descintado el corpiño y el rostro encendido de deseo. Un ardor pasional exaltado la poseía y estaba presa de una adoración idólatra por mi única gloria de entonces: mi juventud. Caímos vencidos sobre un diván.

Cuando Nella estuvo en el lecho, la señora Nena se levantó sintiéndola llamar, y me dijo luego en voz alta:

—Oiga; si quiere quedarse con nosotras, quédese, dormirá sobre el diván, pero vestido y sobre todo sin hacer torpezas, porque yo tengo piedad de usted. Me apena pensar que tenga que retirarse a esta hora y con el frío que hace. Aquí mañana lo vería la camarera.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

Venga de allí; y espere a que me haya desvestido yo... venga solo cuando lo llame.

Esperé. Después de un rato fuí llamado. Me tendí sobre el diván, quitándome solamente el gabán, según las instrucciones, pero más tarde protesté del frío y de que el diván era duro.

Esperé.

Me quité el saco con suma paciencia y precaución; en silencio me liberté de los zapatos y me acosté en el lecho de Monella, conteniendo la respiración y estaba por abrazarla cuando la voz de la madre, que yo creía dormida, me robó toda esperanza.

—No, no, muchachos; no hagamos tonterías... vamos, vamos, seamos razonables: si no quieren hacerme perder el tino...

Y encendió la luz eléctrica.

Yo también estaba por perder el tino. Parecíame que la comedia se prolongaba en demasía. Estaba exasperado.

La comedia me parecía más atroz que el vicio y que la doble prostitución que hasta entonces sólo había supuesto.

Pero la sonrisa prometedora de Monella me contuvo.

Me susurró al oído:

—Hacé lo que ella dice; verás que todo irá bien.

La señora Nena dice:

—Si él no puede dormir en el diván que venga aquí conmigo, en mi cama, pero déjeme la chica.

Monella me confortó para que obedeciera. Fuí. La luz se apagó de nuevo.

Quizá centenares de veces aquellas dos mujeres habían hecho la propia comedia. Con centenares de hombres. Quizá todas las veces que la repetían eran sinceras. La señora Nena pensaría que esa larga resistencia alegraría la victoria de los hombres que pagaban. O era tal vez en retorno a la mentira, una hipocresía milenaria, atávica que las hacía resistir hasta cuando la caída cobrara apariencias de inevitable fatalidad.

Fueron todavía susurros en la sombra. Después besos. Después las dos mujeres, madre e hija, fueron mías en un deseo consumado único y triple. Y cuando se levantó el

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

alba desperté con los brazos de Monella echados al cuello, soñando con ser aun un niño, porque las persianas me parecieron cuadernos de escuela elemental con líneas de luz blanca.

* * *

Moral:

Todas las historias tienen su moral; especialmente las historias inmorales. No existen en verdad una cosa que sea moral y otra que sea inmoral. Existe sí una verdad, un hecho del cual cada uno puede traer una, su moral.

Y la moral que traigo yo siempre es un poco diversa, quizá diametralmente opuesta a la que traen los moralistas cristiano-burgueses, porque yo juzgo la moral corriente como perfectamente inmoral, indigna.

Por la mañana, a las once, la señora, después de despedir a la sirvienta, no sé para qué encomienda, se levantó ella misma a preparar un magnífico café con leche.

Bebiendo ambos el café con leche, habló sin comedia alguna, fuese porque la noche antes había tomado demasiado, fuese porque estuviera aún bajo el influjo de la morfina que sabía aplicarse, fuese por mal humor.

Y me pareció sincera.

—Sucede siempre así... casi todas las noches... Un poco de locura de ella. Cierto que si no fuera así, todo iría diversamente. Pero de cualquier modo yo nunca habría podido impedir el deseo de Nella... Lo hizo desde pequeña... Yo no pude averiguar nunca quién ha sido el primero. Por otra parte también yo, si bien en mis tiempos las cosas marchaban mejor, desde pequeña cuando podía divertirme así. Es inútil hacerse ilusiones... todas somos iguales... al menos aquellas que no tenemos sangre de peces.

A mí me hacen reir esas madres que después de haber cometido tanto desatino en su juventud y siguen haciéndolo todavía bajo la máscara de la honestidad de la familia, pretenden que las hijas sean santas.

Algunas se justifican diciendo que por los pecados cometidos han sufrido bastante, y quieren ahorrarles dolo-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

res a sus hijas. Y no comprenden que si ellas, a fuerza de nervios, por tales caminos pasaron, también las hijas deberán pasar por allí, que la tentación es demasiado fuerte, y que, por otra parte, la experiencia de los padres y de los otros jamás sirvió a nadie. Dígale a un hombre: "Si sigues adelante de allí hay un pozo, yo me rompí la cabeza", y correrá rápido él a romperse la cabeza, para poder advertir, luego, a los demás hombres. Después en nuestro caso si se tiene penas, es en suma el único placer, la única alegría de la vida. Nosotros vestimos bien para placer de los hombres, sonreímos para placer de los hombres, estudiamos hasta el paso para excitar a los hombres.

Y los hombres estudian, trabajan, se fatigan, visten bien, se mueven así, así, sólo para placer de la mujer. Es una ley natural de tres o cuatro mil años de cadena no pudieron atemperar. Existen solamente dos o tres hipocresías que hacen mucho mal impidiendo la vuelta de las alegrías legítimas primitivas.

Pero el mundo lo quiere así; si no es tartufo a su modo, si no se es jesuita como el mundo, se le desprecia y difama. Mas si tuviera que hablar de la estupidez del mundo tendríamos una letanía interminable.

Tuve marido yo también y he sido una mujer honesta. Mi marido era jefe de la estación de un pequeñísimo pueblo cercano al mar, y de quererlo traicionar no había más que llamar a los boteros o cualquier paseante. Lo traicioné una vez sola en un viaje a Roma.

Me dejó dos horas en el camarín del alojamiento. Entró un camarero que tendría veinte años, bellísimo.

Hacía siete años que no me tocaba nadie más que mi marido, que era un oso. Quería saber cómo está hecho otro hombre.

Después no sé siquiera cómo fué... Me observó de un cierto modo que ahora comprendo bien, pero que entonces me hizo el efecto de una botella de cognac.

Sucedió una especie de ebriedad, de vértigo. Después en la estación del pueblo pensé que yo también, aunque sea por breves minutos, había tenido un amante.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

Mi marido murió de fiebre, dejándome a Monella, que tenía diez años. La pensión no daba para vivir. Pasé a Grosetto y me puse a trabajar de costurera en blanco.

Yo tenía veintiocho años y tenía necesidad de un hombre. Sé de gente que se descorazona por situaciones naturales, sé de gente que se trae las malas situaciones.

Ahora cuando me recuerdo, me parece un sueño, pero todo sucedió, como digo, lógicamente. Yo a Nella la encontraba en todas partes entre muchachos de su edad; inútil aconsejarla, inútil castigarla. Se me escapaba, volvía a hacer esas cosas...

Un día, después de andar afuera por comisiones domésticas, volví a casa más temprano y la encontré en la cama con mi amante...

Y bien: no tuve ningún impulso de celosa. Devolví a él sus cartas y puse a Nella bajo llave, manteniéndola a pan y agua, tras haberla castigado hasta hacerla sangrar.

El tercer día encontré la casa vacía: Nella habíase escapado por la ventana, llevándose su ropa. Por seis meses no tuve noticias de ella. Después supe que actuaba en el circo Moritanasi. Fuí. El director me acogió bien y me propuso permanecer con Nella, que era ya uno de los mejores números del circo. Faltaba una señora que arreglase la ropa, que pusiera un poco de orden en aquel refugio de zíngaras. Quédé allí. Monella tenía trece años, fumaba y blasfemaba como un mozo de cordel, era la amante del primer caballerizo y se ganaba la vida bastante bien.

Dormíamos las dos en la misma cama, en una de las carrozas del circo.

A la noche venía su amante; yo no podía prohibírselo, porque estaba en su casa, y toleraba. De tres se estaba bastante estrecho; pero era invierno y eso nos calentaba el cuerpo. Y sucedió lo que debía suceder. Monella no era celosa, porque en su vida sólo tuvo una buena cualidad: la de no enamorarse; caprichos si, pero nada más. El se divertía más. Sus compañeros de circo sorpechaban algo; reíanse por lo bajo, más no se les importaba.

En el fondo aquella gente se acerca a la vida instintiva,

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

natural. Comprenden las cosas y las toleran mucho más que la gente siendo culta, pero hipócrita y chismosa.

Por otra parte, el primer caballerizo era una autoridad y decíase de él que tenía intereses con el patrón.

Meterse con él quería decir estar despedido. Yo, sin embargo, que soy un poco más práctica que mi hija, llegué pronto al convencimiento de que ya que habíamos caído, la cosa podía rendir mucho más entre gente de dinero.

Ahorramos penosamente en un año tres o cuatrocientas liras y después nos fuimos. El caballerizo quería matarme, diciéndonos que estaba enamorado de nosotras dos y que no podía vivir sin nosotras... Pero se adaptó. Y después... y después nos hemos arreglado de la mejor manera posible... Yo no comprendo qué puede haber de malo en esto. Yo no sé porqué si hay algo malo los moralistas están siempre dispuestos a pagar cien francos.

En suma, si hiciera estos trabajos por mí sola me pagarían cinco francos; Nella puede decirse que ganaría diez; sin embargo, juntas, los moralistas nos pagan cien. Es necesario que no se sepa. Yo cuento bien la diferencia de ochenta liras. ¿Quién no las tendría en cuenta?

Me marché a almorzar pensando:

—¿Quién no llevaría cuenta de ellas? Yo no comprendo qué puede haber de malo en esto...

Y no encontré alma viva que pudiera no tenerlas en cuenta. Y encontré asimismo que yo personalmente no sabría descubrir nada de malo. Pensando que la humanidad se quiera tratar como los caballos ingleses y que la moral sexual deba tener en cuenta la selección, no entiendo qué daño pueda venir al principio de la selección del hecho simple de que el mismo hombre sea a un tiempo el amante de la madre y de la hija, contentas ellas, contentos todos.

Cierto día después, la señora Nena me llamó al despacho. Me dijo:

—Oigan; yo me encuentro en una dificultad... usted comprende... La vida no es fácil. Está la costurera que me atormenta por un crédito de Nella... necesitaría que me pasara usted un billete de favor.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

Yo dí el billete. Eran ciento cincuenta liras y centésimos. Una friolera.

La señora me recomendó: "Vaya... agua en boca, me fío de tí... eres un muchacho serio".

Y a mis compañeros de carambolas yo seguí declarando: "Muchachos, las charlas son charlas... pero yo digo que no hay nada qué hacer".

El mundo lo quiere así.

Nos volvíamos a ver aún de cuando en cuando. Y un día yo le dije a mamá Nena los chismes que pesaban sobre el Café de los Espejos.

—Se dice que hasta los más excépticos parroquianos afirman que Nella no es su hija, sino una hija entregada, de postizo.

Por primera vez ví a Nena exaltarse, saltar como un resorte, envenenada:

—¿Quién, quién lo dice? ¡Calumniadores! ¡Villanos! ¿Que Nella no es hija mía? Pero yo tengo mis documentos, mi fé de registro civil, mi fé de nacimiento y de matrimonio. ¡No sólo es hija, sino legítima! ¡A mí culparme de una falsedad semejante! Pero yo soy una mujer honesta. Hago mis asuntos, pero los hago honestamente. Yo no he engañado jamás a nadie.

Y se agitaba nerviosa, se atropellaba al hablar, gritaba fuerte.

Debí tentar de calmarla. Y ella continuó:

—¿No es mi hija, no es? Ah canallas! Ya debe haber estado aquí algunas de esas mujeres sucias que vienen los sábados, a la noche, a meter a prueba sus porquerías... ¡Víboras! ¿No es mi hija?

Lo sé yo que es sangre mía, lo sé yo que sé cuanto dolor y pena me costó darla a la vida. ¿Yo engañar a la gente? ¡Yo soy una mujer honesta!

Y seguía proclamando su amor materno y defendiendo su honestidad de comerciante.

Porque los moralistas de café, poniendo en duda la cosa monstruosa, comprometían sobre todo no la moral, sino las ochenta y cinco liras de diferencia.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

EDUCACION

Tenía quince años y se llamaba Nelly. Llevaba siempre una blusita a la marinera y un largo sombrero de Panamá, doblado adelante como los bonetes de los Pierrots, la falda un poco más arriba de la rodilla y los zapatos bajos, las piernecitas bien torneadas con medias de seda fina.

Era muy ágil, jovencita, fresquísima. Se perfumaba con L'Indias de Atkinson y producía vértigos por el olor de carne y de pradería, por aquel su sabor de machona, por aquella su agilidad felina de niña que considera el amor como una gimnasia.

Era toda un orgullo y una lozanía de salud física y espiritual; una lozanía de libertad inocente. Yo no he visto jamás, ni después ni antes de ella, en la vida, una adolescencia así alegre y franca, así pura e ingenua, así sabrosamente revoltosa y así ingenuamente buena.

La he querido mucho, con todo el amor de que sentía capaz a los veintidós años, cuando era, si no adolescente de alma, adolescente de cerebro. La quise con todo mi corazón... Mas ella consideraba el amor como un ejercicio.

Era una mañana de Mayo. No recuerdo bien si fué verdaderamente en el mes de Mayo, pero surge en mi memoria este mes, porque sus quince años eran de Mayo, y mis veintidós años eran también de Mayo. Por consiguiente fué en Mayo.

Había un sol de oro esparcido y difundido, fresco y claro, en la mañana fresca y clara como agua límpida de una fuente de jardín. Todas las cosas se vestían de una luz amarillenta y benigna y vagabundeaba una suave frescura de primavera tan delicada y al mismo tiempo tan inquietante, que producía una ligera embriaguez. Parecía que el polvillo del sol anduviese con el viento fresco de la mañana, un licor hecho vapor abajo del cielo y sobre la tierra.

Y yo caminaba en la ciudad toda amarillenta y turquina, tranquila, en calma, adormilada: en la ciudad que

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

empezaba a frotarse los párpados con los puños cerrados, bostezando todavía, pero con leve risa de alegría, de ligereza en los labios del alba.

¡Oh vida! ¡Vida! ¡Juventud!...

Era una de las mañanas de paz, cuando la lucha no me atenazaba, no me apretaba en la mueca hórrida de la escasez.

Vida, vida, juventud, sol, enfermedad de amar, así embriagante, así inquietante.

Hoy hay un tormento en mi pobre virilidad pensativa y desconcertada. Hoy toda mi vida se ha hecho un crujido de dientes en la lucha implacable que mi cerebro y mi orgullo me imponen... Ahora el mundo es una escalera; una escalera sin fin que hay que subir con las rodillas, con las rodillas y las manos ensangrentadas.

Y hay soles, tantos soles que ando errante en un abismo... tantos soles que también la victoria se cambia en sollozo... tantos soles que también las lámparas eléctricas que señalan la calle en la noche parecen caras amarillentas de envidia... tantos soles y tantos perversos que toda canción es una sonrisa, una burla; toda palabra una blasfemia.

Para subir, subir, subir los escalones de la escalera ensangrentada de la sangre de nuestras manos, de la sangre de nuestras rodillas, de la sangre de nuestra alma!... Hay algunas veces que uno tiene deseo de dejarse caer abajo de nuevo, donde no hay ninguno.

¡Si allí arriba tendríamos todavía los veinte años!

Aquella mañana estaban los veinte años. Y era Mayo y en mis venas tibias serpenteaba lánguido el deseo de amar. Y tenía que encontrar el amor.

Caminaba por una calle de asfalto, limpia y luciente como una hoja de navaja, franqueada por dos hileras de tilos de un verde fresco y en flor.

Exhalaban perfume las llamas de los tilos... Yo tenía el paso ágil y elástico de la juventud gozosa y enamorada. La calle de asfalto pasaba entre dos hileras de villas adormecidas y se encontraba desierta en el alba. Sólo entre las frondas y las flores de los tilos, los pájaros tri-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

naban como cigarras locas de sol y de perfume.

Y bajo los tilos, vino a mi encuentro, con el paso aún más ágil, aún más elástico que el mío, el alba de mujer: una adolescente perfecta, rubia, con grandes ojos de mar sereno, con la trenza suelta sobre la espalda, con los labios rojos, rojos como fresas silvestres, y los dientes blancos como jazmines. Caminaba con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, como si bebiese el sol, y el gran sombrero de paja de Panamá con el ala de adelante levantada, rodeaba a su cabecita con una aureola luminosa de santa.

La contemplé mientras se acercaba con un deseo natural, inocente. Me pareció no ofenderla.

Me pareció que en la límpida mañana, nosotros dos, solos, jóvenes, en la calle desierta, entre el perfume de los tilos, en el polvo de oro de la luz, bajo la aturdidora pitería de los pájaros locos, teníamos por fuerza que mirarnos, sonreirnos y pararnos. Y que nos debíamos conocer, porque era el mes de Mayo y en el aire flotaba el deseo de amar.

La muchacha rubia pensaba mi pensamiento.

Me miró, sonrióse, se detuvo; instintivamente, naturalmente.

—¿Dónde va a esta hora, señorita?

—Yo voy a mi lección de gimnasia... ¿Y usted?

—¿Yo?... Yo, en verdad, no sé. No sabía dónde me dirigía... pero ahora jugaría que el destino me ha mandado para encontrarla. Y usted no irá a la lección de gimnasia.

—¿Por qué?

—Porque vendrá conmigo.

—¿Dónde?

—Donde quiera. ¿Cómo se llama usted?

—Nelly... ¿Y el suyo?

—¡Oh!... mi nombre es difícil, señorita, para usted, porque yo no soy alemán.

—No importa.

—Mario.

—¿Mario?... ¡Wie Seltsam!... ¡Mario, Nelly!...

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

Y me tendió sonriente la mano y para completar las fórmulas de la presentación sin intermediarios, hizo una pequeña reverencia. Yo no dejé más aquella mano pequeña, tibia.

Y anduvimos felices, teniéndonos de la mano bajo el paseo de tilos, diciéndonos devaneos cariñosos, tantas tonterías deliciosas y mirándonos en los ojos y besándonos con los ojos.

Anduvimos hasta un gran jardín, donde había un lago verde con las riberas floridas de hortensias, y fletamos una barca. Remamos un poco, y luego el sol que estaba en el cielo y el sol que emergía del fondo del lago, nos aturdieron, deslumbrándonos.

La barca anduvo a la deriva, bamboleando dos jóvenes cuerpos apretados que se amaban desesperadamente.

Escribí sobre su álbum—toda joven alemana tiene un álbum—una canción, de la que recuerdo pocas estrofas:

Te había llamado Gioietta,
porque en tu risa argentina
había el trino de una mandolina,
el canto de una *verletta*.

Cuando venías, llevabas
grandes racimos de flores,
toda la habitación inundabas
de risa, de perfumes y colores.

Sabía que esta vida
es una jocunda comedia
que nosotros, con estultez infinita,
queremos transmutar en tragedia.

Ella sabía esto... Tenía la sabiduría de la vida en la sangre.

La quería mucho, pero su jovial frivolidad, su ligera volubilidad no me permitía amarla, de trasmutar la comedia en tragedia, de forzar tonos y de salir del capricho al bien, del bien al amor, del amor a la pasión. Para ella el amor era una gimnasia.

A la lección de gimnasia no iba ya más. Venía hacia mí a la mañana a despertarme, y la gimnasia, el tennis, las amigas, le servían únicamente de excusa en su casa. Venía a despertarme, me echaba un montón de flores so-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

bre el lecho, abría la ventana, reía, se desnudaba, se metía en la cama conmigo. Después esperábamos que la sirvienta trajese el café con leche, con las dos *schrippen* llenas de manteca y comíamos, saltando cuando las migas caían sobre las sábanas y nos hacían cosquillas.

Nelly era mi despertador.

Me había acostumbrado.

Una mañana no vino.

Mas a la mañana siguiente llegó, elegante como de costumbre, abrió la ventana, echó como siempre el montón de flores sobre la cama y empezó como a desvestirse. Desvistiéndose hablaba:

—Sabes, ayer no he podido venir... Un contratiempo... Figúrate: había salido con la intención de venir... Cogí las flores... corría casi por las calles. Y bien, figúrate,... se me puso atrás un señor... torpe, sabes!... torpe!, y anciano... tendría cuarenta y cinco años... y la panza... grueso, rojo... un horror, te digo. Pero me hubo cansado tanto... me rogó tanto... En suma, he tenido que ir con él.

Yo había abierto los ojos: ¿Has debido?...

—Sí, mi querido... Yo no soy una muchacha mal educada... ¿Cómo iba a decirle que no?

Se me había caído el alma. Era el candor de sabiduría nueva: era la mujer del porvenir que destruía con una sola frase veinte siglos de esclavitud, para crear otra, completamente distinta.

—Ah! ya, trastornada, tienes razón.

¡Han pasado muchos años! Y ahora mi alma repite todavía más convencida: Sí, loca, tienes razón; sí, pobres locas, tenéis razón; los imbéciles somos nosotros, que hemos querido poner el honor donde está únicamente el placer.

LA PRIMERA NOVIA

Marchaba descalza—lo recuerdo—descalza...
Como el agusanieve y el verderol.
Llevaba un vestido a rayas.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

Para los otros, no para sí, hacía medias.

¿Versos?...

Sí. Cuando tenía veinte años yo escribía versos.

Cierto. Me avergüenzo un poco de eso y sobre todo me avergüenzo de escribirlos ahora, alguna vez. Raramente, pero los escribo.

Pero aquellas cartillas románticas, románticas de versos "A mi abuela" aparecidas ayer entre viejos cartapacios polvorientos de tantos años hace, me han vuelto a la fantasía de antes; un vuelo hacia atrás, atrás, hasta casi el umbral de la vida, hasta casi la fuente, la cuna de la vida.

Yo pienso que el amor ha nacido en mí y conmigo, nadie me lo enseñó jamás. Creo que mi primera palabra fué un beso y que besé a una muchacha en medio la calle.

Tal vez Rosella fué la primera... Tal vez!

A lo menos mi recuerdo no va más allá de ella. Y cuando lo recuerdo, lo hago con una infinita dulzura.

Aquella aldeanita de siete años, ha sido la única mujer que ha dejado, en mi cerebro y en mi carazón, su recuerdo exento de amargura. Un recuerdo todo serenidad y todo sol. Como el verso del pobre Bettini, que ritma su nombre: ¡Rosa bella, Rosina, Rosella!...

Recuerdo lejano entonces, de mi primavera lejana.

Y aun aquel recuerdo reflorece en la superficie del mar borrascoso de mi alma, y yo vuelvo a vivir mi infancia, horas de delicias en países lejanos que he amado, cuando el corazón pequeño no soportaba aún la crecida del amor. Temblaba de inocencia.

Sol de Valsenio, perfume del heno en el verano!... Danza de golondrinas alrededor de una vieja torre rosada donde había reinado Catalina Sforza, la maravillosa madre de hijos que mostraba el pubis velloso a quien la amenazaba de matarle uno, gritando: ¡Esta que lo ha hecho hará aún más!

Romagna hospitalaria y salvaje, sonriente y terrible. no fuiste tú acaso, la primera novia. Aquella pequeña, libre y ágil campesina inocente, que se me apareció en-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

tre el blondo ondear del rastrojo amarillo, entre amarillas llamas del sol, con un pañuelo colorado en la cabeza, las piernas desnudas y los pies descalzos y un vestidito a rayas. ¿No eras tú, la campaña adolescente?

Y como más tarde, cuando la vida de las cosmópolis me ha aferrado con sus tedios y sus placeres acres, con sus alborotos y sus infamias, con toda la fiebre de la lucha que estanca los nervios, yo no me he acordado, serena Romagna de tí; así, cuando las mujeres bellas de los ojos bistros y de la cara pálida me han secado la sangre y me he puesto las uñas en la pobre carne entorpecida, yo no me he acordado de tí, Rosella rubia, mi primera novia.

Pero a veces, en las sombras de los crepúsculos, cuando regreso solo con mi corazón solitario y me parece que mi vida, mi lucha y este largo errar por el mundo y este vano afán en medio de las pasiones y de los pensamientos ha sido vano, yo vuelvo por el sendero tortuoso de la memoria, y te vuelvo a ver, Rosella, al lado de la fuente, blonda y derecha en el sol, viendo bajo el pañuelo rojo mientras el viento agita tu falda.

¡Si los besos no supiesen el mal que hacen! ¡Si el amor fuese inocente y sin amargura y sin celos y sin engaño, como era, Rosella, nuestro amor!

La vida entonces sería un sendero de rosas o un sendero de espino albo y de acacia, como es siempre el sendero de los recuerdos y el sendero de la esperanza.

¡Y sería dulce la vida, como era, Rosella, nuestra vida!...

Quién sabe dónde te encuentras ahora...

Tal vez has muerto. Y si has muerto, ha sido durante el parto; poniendo en el mundo, en un desgarramiento, un campesino fuerte que, arando, mira, entre los enormes y cándidos bueyes, nacer el sol.

O ya cansada de la prole, te encorvas frente al fuego, y soplas en la llama que te ilumina los mismos cabellos grises.

¿Recuerdas, Rosella, nuestra vida de entonces? Yo lo recuerdo todo como si hubiera sido ayer.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

Yo recuerdo la primera vez que nos encontramos. Tú venías a buscarme, que era un retoño de señor, para coger flores.

Pocas flores para un ramillete a la virgen. Te había enviado tu mamá y mi abuela te había dado permiso.

Porque vuestras casuchas de campesinos no tienen jardín; la pobre gente no tiene tiempo de pensar en las flores: tienen que pensar en el grano que sacia el hambre.

Alrededor de mi casa, en vez, había tres olmos seculares y un huerto muy bien cuidados, con las parras que maduraban en Julio, y con hilera de plantas y flores de todas clases.

Tú entonces, vinistes entre las hileras a coger algunas flores para tu ramo a la virgen.

Nos miramos. Tímidos ambos, pero tú menos que yo. Las mujeres son siempre menos tímidas que los hombres.

Mira, Rosella, nosotros los hombres hemos querido por siglos y siglos que la mujer fuese una cosa incapaz a libertarse, hecha según nuestra fantasía, huraña, siempre lista a la defensa. Y delante a estas criaturas de nuestro sueño nosotros permanecemos confusos. Tememos faltarle el respeto.

Y cuando la mujer, pobre mártir, se da cuenta que no le faltamos el respeto, entiende también, pobre amor, que nosotros, con nuestra actitud, le imponemos todavía, como a través de los siglos, la virtud, la cosa que ella odia más, porque es su esclavitud, y entonces se vuelve huraña por despecho.

Entre un varoncito y una niña, la más atrevida es siempre la niña. Y la diferencia dura también cuando son mayores. Es siempre la mujer que hace lo que quiere y hace hacer lo que quiere. A pesar de las leyes, las costumbres, los prejuicios. Hay hombres que creen de haber cortejado penosamente a una mujer, y no saben que en vez ha sido la misma mujer la que los ha mirado y elegido, y que, sin parecerlo, se ha dejado hacer la corte a su gusto.

Tú Rosella, sabías estas cosas ya entonces. Porque

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

una mujer sabe en la cuna lo que un hombre ignora aún cerca del ataúd. Con tres geranios entre los dedos, me sonreiste tranquila. Yo bajé los ojos, confuso y hablé de las flores.

—¿Quieres pensamientos?... ¿Dalias?... ¿Rosas?... No: mira, hay más rosas allá. Ven conmigo.

Y anduvimos por el jardín cogiendo flores y tantas te dí que te fuiste con el delantal lleno y las esparcías por la calle como una maga.

Yo había hablado más que tú, solo para no mirarte y aturdirme con el sonido de mis palabras. Tú en vez me mirabas ardientemente con tus ojos de agua marina, y reías.

Después fuimos amigos. Y yo entré en el corrillo de rapazuelos atrevidos, si bien mi abuela me retaba por esto.

E hicimos de las nuestras, haciendo travesuras con tal de desafiar algún peligro. Pero esto era simplemente amistad...

Como nació nuestro amor, el verdadero amor de pequeños ya grandes, lo ignoro. No soy capaz de acordarme, aunque creo que fué el verano que lo hizo florecer; nuestro amor debe haber sido hijo del calor de Junio o de Julio. Y otra cosa recuerdo, muy extraña, y es que yo no te he besado jamás la boca. Tal vez preludiaba mi insensibilidad por el beso normal y la preferencia por lo que los imbéciles llaman perversidad. Cierto sin embargo que el beso sobre la boca no es natural: es una consecuencia de lo que se llama civilización, el beso que la sangre pide es aquel que la civilización bautiza de pervertido.

Dos adolescentes que se esconden para adorar el amor, no se besarán jamás en la boca. Este beso en la boca es una mentira convencional, es una hipocresía de la educación.

Creo entonces que nosotros nunca nos hemos besado en la boca. Nos quedábamos solos, lejos de nuestros compañeros de juego. Así lo hacíamos siempre en las largas

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

horas de la siesta. Era el calor, ciertamente...

Andábamos junto a los pozos, donde corría un hilo de agua y había sombra y frescura, íbamos entre setos altos de acacias y espino albo, florecidos, vestidos de blanco, y buscábamos una guarida de sombra y de misterio, un escondrijo, un nido.

Y allá, sin palabra, un poco temblorosos y casi avergonzados, casi ya conscientes que el mundo imbécil condenaba nuestro bellísimo juego, nosotros recitábamos, como los grandes, la comedia del amor feliz.

Y así pasábamos las siestas del verano.

Llamábamos aquel juego secreto, que todos ignoraban: el doctor y el enfermo.

Más tarde supe — extraño caso que los psicólogos debieran estudiar—que los niños llaman así a aquel juego, así también en las otras partes de Italia y también en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en América. El doctor es siempre el hombre, y el enfermo es siempre la mujer. Maravillosa filosofía que la Naturaleza nos la enseña con el primer balbuceo, y que una falsa civilización luego intenta pervertir.

Luego supe que aquel juego se llamaba el amor.

Y me he sobre todo maravillado que la Naturaleza a los siete años me hubiese ya enseñado tanto, y que cientos de mujeres pervertidas después hayan agregado tan poco a aquella natural sabiduría...

¡El recuerdo es para mí todavía tan grato!

Yo vuelvo a ver a Rosella, rubia, derecha en el sol sobre el rastrojo, con la falda listada y un trapo rojo sobre los cabellos blondos, y la tomo de manos, y juntos corremos hacia nuestro amor oculto... "Que nadie nos vea, que nadie sepa". Porque el hombre que ama el amor, lo condena a la obscuridad. Todas las otras, más tarde, me han rogado como Rosella: que nadie nos vea, que nadie sepa!

Y esto no obstante, el juego del doctor y del enfermo es el solo juego que hace amar la vida.

¿No es cierto, Rosella? Rosa bella, Rosita, Rosella.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

JULIETA Y GERMANIA

Monsieur de Marigny era evidentemente un hombre de negocios. Evidentemente. No tenía nunca más de mil francos en su bolsillo, pero gastaba más de mil francos por día.

Cómo hacía eso, no lo sé yo, ni tampoco sabíalo él, mas el resultado era indiscutible y entonces era inútil estudiar las causas viendo los efectos.

Monsieur de Marigny era el aventurero de varias suertes, de la sonrisa bonachona y de calma inmutable.

Sabíase poco de él y podía suponerse todo. Porque era un bendito hombre que no hablaba jamás de sí mismo.

Basta un ejemplo. Tenía dos hijas, de las cuales, de una creía que no era su hija y de la otra no sabía quién era la madre.

Más moderno y más enigmático que ello no podía ser.

Monsieur de Marigny estaba así hecho. Hablaba doce lenguas y llevaba en el ojal una insignia de la Legión de Honor que nadie nunca le había dado.

Decía haber nacido en Rumania, de padres italianos, haberse educado en el Cairo y renunciado a la ciudadanía germana, aceptando la francesa por amor a Polonia, su patria verdadera.

¿Usted no comprende nada? Ni tampoco yo. Mas lo peor es que yo no logré comprender nada en absoluto durante seis meses y precisamente en el período en que me creía una inteligencia: a los veinte años.

Monsieur de Marigny tenía cerca de cincuenta años; era grueso y rojo; tenía una hernia en el costado izquierdo que le descendía hasta la rodilla, un tejido adiposo que temblaba sobre la hernia, y una papada que le caía sobre el pecho; la cabeza perfectamente calva y en medio de la cabeza unas señas terribles. Su hernia no era un solo mal. Tenía otra enfermedad que le prestaba una somnolencia eterna. Bastaba que se sentase para dormirse, y roncaba sonoramente y beatíficamente. Fu-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

maba en pipa y gustaba pequeñas pipas de yeso por economía. Porque se sentaba siempre con la pipa en boca, dormía siempre; dejaba caer regularmente la pipa sobre el pavimento, y la pipa, ya en el suelo, continuaba fumando por su cuenta, rota en tres pedazos.

Rompía así veinte pipas diariamente, pero eso no era para él un gasto significativo. Entre un sueñito y otro, con los ojos todavía legañosos, se aferraba al tubo del teléfono y ajustaba sus negocios en breves palabras, lentas, roncas. Después descansaba. Como hiciese yo no sé. Sé que lo admiraban profundamente y que buscaba siempre de aprovechar sus pocos ratos de vigilia para enseñarme... y sé, además, que no he aprendido mucho.

Monsieur de Marigny dirigía un pequeño periódico. Ese periódico a mí me hubiera dado sólo seis mil francos anuales. A él le rendía trescientos mil. ¿Por qué?... ¡Va!... Misterio.

Yo siempre he creído de poder explicarme su buen suceso con sus años y su peso. Yo creo que sus clientes y todos aquellos que lo conocían pensaban así: es imposible que un hombre que pesa ciento veinticinco kilos, con una enfermedad de aquel género, con la hernia inflamada y que se está muriendo por "oxigenación de la sangre" pueda engañar alguno. El, entonces, especularía sobre su propia agonía. Pero no moría nunca. Que yo sepa aún no ha muerto.

Monsieur de Marigny, no obstante sus achaques o fuese por gracia de ellos, era, como he dicho, un hombre extraordinariamente moderno. Y tenía también, en torno a la moral y a las costumbres, ciertas ideas, todas suyas que yo hallé extraordinariamente prácticas y sumamente lógicas.

Monsieur de Marigny era mi director.

* * *

Ya he dicho que yo tenía veinte años. Tenía además, en aquel tiempo, la extraña fortuna que acompaña a los imbéciles por todos los senderos del mundo. Y sé que Dios protege a los jóvenes de veinte años, los cuales, en las

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

cosas de la vida son todos imbéciles por más que se crean inteligentes.

Había partido como parten todos los zíngaros del trabajo italianos a los veinte años, para ver el mundo y estudiar el mundo. Tenía la cabeza cubierta de cabellos blondos y de capricho y la idea de estar solo, resuelto a tomar un sueño cuando careciera de pan.

Había dormido en los malecones de Blecker Street, en Nueva York, entre los lustrabotas y los vendedores ambulantes. Me había lavado por la mañana en la fuente de Euston Road, en Londres, donde bebían los caballos; había dormido también bajo las arcadas de Saint Lázaro, en París, fingiendo esperar toda la noche un tren que no llegaba nunca. Había desempeñado todos los oficios y acampado, como los pájaros: aquí y allá. Recuerdo aún que una noche en Nancy me encontré sobre la hierba de los jardines públicos leyendo el Buch der Dieder de Heine, a la luz de la lámpara eléctrica. Tenía dos monedas en el bolsillo y me arrestaron. Pero era feliz.

Yo desenvuelvo mi pasado, royendo con mis dientes todas las ligas que me vinculan a la sociedad. Cuando el pasado sea muerto, cuando todas las ligas hayan sido rotas, yo partiré de nuevo por el mundo para seguir el sueño de los bohemios que no tienen sendero. Y seré joven todavía porque los hombres libres son siempre jóvenes.

Entre los mil oficios que desempeñé, adaptándome cuando la garra del hambre me rasgaba el estómago, hice el de agente de publicidad. Y Monsieur de Marigny era mi director. Tenía una extraordinaria confianza en mí que yo no podía explicarme. Ya he dicho que era un hombre enigmático.

Después de una semana que estaba allí, era noche, a la hora de cerrar el negocio me dijo:

—Oiga, señor Mariani; usted es jóven e italiano. Entonces es un hombre alegre. Y al hombre alegre el cielo lo ayuda. Yo le tengo una confianza ilimitada. Yo le quiero bien. Yo tengo dos hijas—Julieta y Germania—usted ya las conoce. Dos hermosas chicas. A ellas también

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

las quiero mucho. Están bien educadas, muy bien educadas, pues hasta el año pasado fueron al Colegio de Torre del Greco, en Sorrento... No sé porqué yo nunca las visitaba. Pero las hice venir acá para llevarles a ver París. Y ahora no puedo yo, pobres muchachas, ahora no puedo yo! Porque vea; yo tengo mucho que hacer. Por la noche tengo que ir a algún Consejo de Administración o debo cenar con personas con las cuales puedo hacer negocios. Por estas razones yo no puedo ocuparme de las pequeñas. Usted debería, pues, hacerme un gran favor. Usted es joven y alegre... ellas son jóvenes y alegres, verá qué pronto concuerdan. Escuche: estos son dos luises; esta noche vayan a cenar los tres juntos en cualquier restaurant y después al teatro.

Se entiende que yo le doy para usted también, pues con el sueldo que le asigno no puedo pedirle que vaya a cenar a un restaurant y que de allí pase al teatro.

—No, no... no proteste.

Es un verdadero favor que me hace, no se imagina qué favor. Yo tengo tanto que hacer que las pobres muchachas se aburren, se aburren... ¡Vayan a divertirse!

Así dijo y se durmió. La pipa, sobre el suelo, ya fumaba sola, rota en tres pedazos.

Yo me preguntaba: ¿Sí, pero ahora adónde encuentro a Juelieta y a Germania? Me encontraron ellas en el umbral de la casa: sabían todo y sonreían.

—¡Señor Mariani, esta noche entonces vamos un poco a *flaner* juntos!

Estaba un poco serio. Sentíame una persona, un hermano mayor haciendo las funciones de papá y estaba buscando una frase grave. Pero me quitaron pronto la voluntad.

—Sí, señoritas, papá me ha encargado... tiene tanto que hacer...

Julieta, la mayor—tenía diez y seis años—rompió en una carcajada sonora:

—¿Tanto que hacer?... Sí, con Adrienne; estemos

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

atentos si vamos al teatro de no encontrarlos.

Y entonces locuaces, endiabladas, interrumpiendo la una a la otra, completándose en las observaciones, me informaron de todo esto.

Adrienne era la amante del padre, una cocote parisiense muy cariñosa, rubia, con mucho escote y muchos brillantes en los dedos, en las orejas, en el cuello. Los brillantes los pagaba el padre, porque Adrienne tenía los dientecitos muy blancos, esos dientecitos de roedores.

Por otra parte tenía razón porque para dormir con un hombre como aquél había que tener un gran coraje. Pues aquel hombre se orinaba en la cama.

Rieron.

Dijo Julieta:

—¡Como los chiquilines!...

Germania con los ojos llenos de compasión:

—¡Pobre Adrienne!... ¡Tan cariñosa... y pensar que debe dormir así mojada!

Y Julieta a la más pequeña:

—Dime: ¿cuánto querrías tú por dormir una noche con un hombre como papá?

Germania—tenía catorce años—respondió seria:

—Mil francos; y me echaría lejos y a la mañana tomaría un baño de agua de colonia.

Nos sentíamos felices. Hablando me tocaban con las manitas enguantadas las rodillas.

Durante la cena continuamos la charla. Hablaban con ligero acento napolitano de su colegio blanco sobre el mar. Se veía, lejana, la isla de Capri toda azul, como su gruta. En el invierno había olor de azahar en el aire, las estrellas temblaban en la onda y una canción temblaba en el cielo agonizando. En el verano flotaba un perfume amargo de laureles en flor, un sopor y una gran ansia de besos.

Entre las pupilas, algunas se escapaban en la noche de verano, en camisa y en pantuflas, atravesaban el jardín, escalaban la pared, iban a tirarse sobre la hierba con sus amantes, en el plateado de la luna. Regresaban ansiosas,

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

asustadas, pero contentas y la mañana después tenían los ojos serenos, el rostro de paz, las orejas azules.

Se susurraba de ellas en las clases, y ellas se ponían orgullosas que sus compañeras supiesen que habían tenido un hombre, que habían sido amadas, que habían sido mujeres.

Julieta había perdido la virginidad bajo la luna de plata, una noche que las estrellas temblaban en el mar y una canción temblaba en el aire, lejana, agonizando.

Contaban serenamente, riendo, todas estas cosas, diciendo pan al pan y vino al vino, con una impudicia tranquila y salvaje digna de elogio.

Dijeron que en el colegio aquellas que no tenían un amante, elegían a un maestro, los cuales no andaban nunca por las vías maestras, pero escogían los senderos de ordinario no frecuentados.

La pequeña—Germania—habló de sí con complacencia. Dijo que la hermana había querido ser mujer mientras ella no se había preocupado. Sin embargo, podía amar y ser amada lo mismo.

Pregunté un poco perplejo:

—Pero si no concedes nada a los hombres los harás únicamente sufrir.

Respondió ella:

—No hay ninguna necesidad de darse... Tal vez un hombre enloquece más temblando cercano a una virginidad. ¿No son suficientes los besos, las caricias para producir vértigos a un hombre?

Y agregó:

—Ve ésta mi pequeña mano, está siempre caliente como si tuviera fiebre. Con esta mano yo sé hacer gozar un hombre más de lo que puede otra mujer dándose toda.

Lo decía con seguridad calma, con conciencia técnica.

Como si un fabricante de relojes hablase del mecanismo perfecto de sus remontoirs.

Creí fuese una picardía de niña. No, nada de eso; tenía razón. Muchas veces he deseado las caricias de sus pequeñas manos sutiles, blancas, tibias.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

¿Quién le había enseñado? ¡Qué ingeniosidades maestras y portentosas hay en algunas criaturas privilegiadas que Dios ha besado en el cielo antes de enviarlas a deliciarnos aquí abajo!

Verdad que si en aquella época yo tuviese una posición social, me hubiera presentado a Monsieur de Marigny para decirle solemnemente:

—Monsieur de Marigny, yo le pido la mano de Germania, porque es la mano más cálida y más sapiente del mundo.

El señor de Marigny me la hubiera concedido sin inquirir explicaciones, porque los hombres enigmáticos aman los enigmas.

Seguían hablando hasta después de la cena, con el ligero acento napolitano e ingenuamente descarado, como machonas. No podían ser comprendidas por los franceses, pero tenían enfrente a un maldito napolitano que las tomó por lo que no eran y me propuso "tout court" de unirse a la compañía para hacer "na parti carré".

Tuvimos que emplear varias estratagemas para librarnos, y después, convencidas que en el mundo hay napolitanos en todas partes, continuaron la conversación, pero susurrándome sus travesuras en el oído, mareándome con el aliento tibio.

Las llevé al teatro. Fuimos unas cuadras a pie, jugando como niños.

En la escalera de la casa me dijeron:

—Entre con nosotros, no hay nadie... conversaremos un poco más... tomaremos una copita de licor.

—¿Y si regresa papá?

—¡Oh!... Papá no vuelve, duerme siempre con Adrienne — ¡pobre Adrienne! — y después, si regresase, iría directamente a su pieza, y después de diez minutos echaría la casa abajo con su propio ronquido.

Para ofrecerme una copita de licor me condujeron en su alcoba, para ofrecerme una copita de licor se sacaron el velo, el sombrero y me hicieron ayudar también a libertarse de la blusa, para ofrecerme una copita de licor

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

me ofrecieron también sus bocas frescas en la soledad nocturna.

Yo me hallaba en el paraíso y en el infierno. La cosa me parecía muy simple, muy juego para ser cierta; temía que de repente, al romper el encanto delicioso, surgiese de algún ángulo remoto de sus almas, la vieja honestidad desdentada con la cara amarilla que atemoriza siempre al amor, a la belleza, a la juventud.

Pero la honestidad, afortunadamente, no surgió. Reímos en vez. En una quietud íntima, secreta, sin falsos pudores, sin celos. Las dos hermanas parecían amarme con un amor concorde. Me besaban, me mordían. Tenía los cabellos rubios de las dos sobre la cara.

Una me dijo: No te vayas a tu casa... es tarde... quédate con nosotras... Nuestro padre no viene... Juntaremos nuestras dos camitas, haremos una sola, grande, y tú quedarás con nosotras. Y juntaremos los lechos, riendo, besuqueándonos.

Después, lectores, lectores, lectores!... apagamos la lámpara.

A la mañana siguiente, en la oficina, monsieur de Marigny me preguntó:

—¿Se ha divertido usted anoche?

—Muchísimo.

Y la historia continuó, continuó jocundamente. Después, monsieur Marigny partió para un largo viaje de placer con Adrienne y, antes de irse, me llamó:

—Escúcheme, yo — a los viejos nos gusta mucho la comodidad — tengo una pequeña garconniére. Ya que parto para estar afuera una temporada, usted puede aprovecharla, así economiza la pensión de su pieza amueblada... ¿No le parece?

Agradecí tiernamente a mi benefactor; el día siguiente me instalaba en la garconniére de Monsieur Marigny, en la calle de Roma, juntamente con Julieta y Germania.

Pero el viento de mi juventud me impulsó a viajar.

Partí para Londres. De las dos hermanas rubias nunca supe nada. Seis años después encontré en otra ciudad

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

del mundo, un amigo común. Me dijo:

—Sabes que Julieta y Germania se han casado.

Pregunté ;

—¿Con el mismo hombre?

Creyó en una broma de mal gusto.

Pero, recordando, yo pienso : como sería bella la vida si no la envenenasen los moralistas y los imbéciles.

Hermanitas de Julieta y de Germania, ahora tiranizadas, tiempo vendrá que vuestra juventud será libre y feliz. Tiempo vendrá — y no puede estar muy lejano — que nos libraremos de todos los imbéciles, de todos los moralistas, y ustedes podrán estudiar en aquel colegio blanco— de Sorrento o de Torre del Greco, no sé seguro — donde tiemblan las estrellas en el mar y las canciones en el cielo.

PUDOR

Estábamos reunidos varios hombres, y hablábamos de mujeres.

Si se juntan tres ingleses conversarán de caballos.

Si se juntan tres franceses, de Francia.

Si se juntan tres norteamericanos, de negocios.

Si se juntan tres alemanes, hablarán de filosofía.

Si se juntan tres italianos, conversarán de mujeres.

Es un mal; tal vez depende del sol, del cielo, del mar.

Los italianos hablan siempre de mujeres. Y más hablan, menos entienden ; porque la mujer, ya lo ha dicho Balzac, después que se la ha estudiado durante treinta años recién se empieza a entenderla. Y entonces es vieja y no sirve más.

Y después porque es necesario no pretender conocer la mujer. Lo más que se puede pedir es conocer una mujer. "Cada mujer es un mundo", dicen los españoles y tienen mucha razón.

Es necesario que estudiemos un solo individuo y no una especie entera, un sexo entero. Las mujeres tienen entre ellas de común, verdaderamente una sola cosa : una

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

incomodidad mensual que hace perder el poco de cerebro de que disponen los otros días. Por lo demás, cada una tiene sus particularidades.

Ercilio Doriani, que se jactaba de haber poseído muchas mujeres y de catalogar varios ejemplares interesantes, sostenía que todas las mujeres de la literatura son falsas, están hechas a gusto del tiempo.

El hombre ha hecho esclava a la mujer y la ha tenido en tal estado durante miles de años, imponiéndole una cantidad insoportable de virtud que ella no poseía y después se ha imaginado que la mujer está formada en verdad con ese carácter que el deseaba y fuese toda amor, pudor, fidelidad, sentimiento. La mujer, en vez, es todavía ahora, no obstante todas las cadenas, más hombre que el hombre, más promiscua, más voluble, más desfachatada que el hombre.

Pero está obligada a mentir, pues si no lo hiciese sería castigada. Por consiguiente, se adapta.

Al mismo tiempo ella es extraordinariamente grata al hombre que la libra de la esclavitud, de la mentira y que le permite ser franca y sincera, que la trata con una camaradería desprejuiciada y amoral. Hay hombres que logran en tres horas una mujer que tres hombres no han conquistado en tres años.

No crean que estos hombres son los clásicos Don Juanes, irresistibles y ridículos. Nada de eso.

Son casi siempre hombres que saben hacer reir a las mujeres.

Tenéis por seguro que si una mujer ríe es vuestra, o está a punto de ser vuestra. Si no sabéis hacerla reir, hacedla llorar.

Pero la crisis de la entrega debe estar precedida por una crisis de nervios que se resuelva en risa o en llanto : desde el momento que la risa y el llanto rompen toda dureza y resistencia.

Pero aquel que triunfa especialmente con las mujeres es el que sabe suscitar en ellas, el convencimiento que no serán despreciadas después que se entreguen. Todo lo

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

contrario, que si no se dan, y se resisten por largo tiempo, serán juzgadas como cretinas. La mujer siente la moral como una cadena, como un clavo, pero difícilmente tiene una teoría de la vida; ella está pronto a aceptar aquella del hombre que está más cerca. Dadle una teoría un poco... fácil..., un poco irónica, y ella hará todo, lo que es de vuestro agrado, habladla de estrellas, de almas gemelas y ella os hablará — pero suspirando, pobre hija, suspirando! — de estrellas y de almas gemelas durante tres meses.

Ahora bien ; entre los hombres hay ciertamente imbéciles que han tomado en serio la comedia del sentimiento, pero van cada vez desapareciendo, y se cuentan con los dedos. Son estos que obligan a la mujer a las más abstrusas complicaciones psicológicas. Y yo no sé porque la literatura — también la literatura verista, — o el verismo de los veristas — se ha obstinado en considerar solamente estos argumentos excepcionales. Los otros tipos, los más comunes que la vida ofrecen, los héroes de la vida alegre de ambos sexos, son para mí extraordinariamente interesantes.

Puede ser todavía un placer a las señoritas cloróticas de provincia leer la fábula triste de Wherter y Carlota, con sus complicaciones modernas — por la escuela literaria — ; pero la gran mayoría de los hombres, hoy, quiere leer la rápida aventura que se empieza con una mirada y se termina en tres días. Aventura que es la más cierta, más dolorosa, más sana.

Describamos los dos tipos según los dos principios : uno concluyente y otro inconcluyente.

Tipo I: — El abogado Grimani encuentra a la señora de Marinis sola en su salón.

—¿Sola esta noche señora?

—Sí, como ve : todos mis amigos me han abandonado. Se comprende que encuentran una conversación muy aburrida.

—No creo, señora. Es que los hombres, *et pour cause*, prefieren el café cantante.

—¿Son tan interesantes las coupletistas?

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

—Ah no ; interesantes no ; pero... como diré... más rápidas.

—¿Hay tanto placer en apurarse?

—Que quiere señora : la vida es rápida ; ahora estamos en el tiempo de la velocidad.

—Aparte de que las mujeres son de todo el mundo, ¿no le parece a usted que pronto y bien no están juntos?

—Permítame señora: depende mucho de quien hace el amor. Hay, créame, mujeres que saben hacerlo ligero y bien. Una mujer bella es siempre tan deseada que para el hombre que la admira no es nunca, muy ligero. Por ejemplo... ¿Me permite que le dé un ejemplo?

—Diga nomás.

—Por ejemplo yo y usted, señora, nos hemos visto tal vez cinco o seis veces y nunca hemos pensado en la posibilidad de...

—Yo al menos...

—Bien, y yo no quiero tampoco mentir, no quiero tampoco cantar la canción "desde el primer día que te encontré", porque no está más de moda... y tampoco he pensado. Está bien. Pero esta noche nosotros dos estamos solos aquí, usted una joven señora de veinticinco años, agradable, simpática, yo un hombre de treinta, ni jorobado ni estropeado. Sinceramente, si hablamos sólo, palabra de honor, perdemos el tiempo. Yo pienso que nos divertiríamos más y si queréis, nos aburriríamos menos, haciendo alguna cosa más que hablar.

—¿Piensa?...

—Sí, cierto, y tal vez también usted.

—Despacio, despacio... Quién le asegura que yo sienta por usted...

—No, no corro y no soy tampoco presuntuoso. Si en mi lugar estuviese otro sería la misma cosa. Al menos que usted esta noche no se encuentra indispuesta.

—No; no, estoy muy bien: gracias.

—Entonces, es como digo yo.

—Pero por favor, yo soy una mujer honesta.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

—¿Honesta? ¿Honesta?... También esta palabra ha cambiado o está cambiando de significado. Si usted toma en serio toda la esclavitud que los otros aseguran de aceptar, vuestra vida sería terriblemente estúpida. En el mundo no hay más que los vicios... Si usted me saca el vino, el cigarrillo, las mujeres, yo me mato... ¿Usted?... Qué cosa quiere... ahora la sinceridad está de moda... usted vive para gustar a los hombres. Esta noche se ha adornado para agradar a aquel de sus amigos que hubiese venido a hacerle compañía... Cuando nos hemos sentado, ha levantado el vestido hasta las rodillas para mostrar las pantorrillas... Entonces, terminemos; o usted tiene aquella difundida perversidad que obliga a las mujeres a excitar a los hombres sin satisfacerlos para gozar de sus sufrimientos...

—Oh, no!

—Entonces queda en usted el natural deseo de todas las mujeres, pero está enamorada y yo no debo interesarle en nada, porque espera vuestro amante que vendrá más tarde... Y que vendrá esta noche mismo, porque si estuviese de viaje, yo le interesaría mucho más.

—Pero no hay nada de eso...

—Entonces probemos hacer así.

(Se levanta, se inclina hacia ella, pone su cara junto a la de ella, le sopla junto a la boca).

—¿Quieres?

—No, no; sea prudente... no hagamos tonterías.

(El insiste y obtiene un largo beso).

—Sí, pero cálmese, por amor a Dios, puede entrar la camarera de un momento a otro.

—Si es por ella, yo puedo esperar hasta mañana.

—¿Solo hasta mañana?

—Mejor temprano que nunca, amiga mía. Esperando perdemos los dos.

—Pero no, no: es una locura... con un hombre como usted... es inútil empezar... para usted es un capricho... después me pondrá a la calle, me tirará como una flor que se lleva en el ojal una noche de baile... no... no.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

—Entre una mujer como usted y un hombre como yo, no puede haber caprichos pasajeros... se estima usted muy poco... si supone que de una sola vez puede el hombre satisfacerse.

(Se acerca más a ella, la besa, le murmura al oído) :

—Te seré fiel y viviremos felices... ¿quieres, mañana?

—¿Dónde?

También los que escuchaban reían. Nando Carletti, preguntó a Doriani.

—¡Qué ligero!... ¿Es tu sistema?

—¿Mi sistema? Yo, verdaderamente no lo tengo y me comporto según los casos. La mayoría de las veces, hablo muy poco, porque creo que esto ofrece mayores probabilidades de triunfo. Esto se entiende que en línea general, pues hay muchas excepciones que por otra parte no hacen sino comprobar la regla. La mujer que resiste a este razonamiento opondrá escrúpulos no de índole moral, sino escrúpulos de otro género.

Nuestra moral es completamente ridícula, no respondiendo a nuestro deseo de libertad, a nuestro temperamento. Hasta tal punto, que ninguna mujer la invoca en su defensa.

La mujer se defiende con el miedo del escándalo, el cual caerá sobre los suyos... Y muchas contestan: Perdóneme, pero yo en este momento estoy enamorada, verdaderamente enamorada y los otros hombres no me interesan en nada.

En estos casos tienen razón. Sin embargo, yo asimismo tengo bárbaras insistencias. Barbarie característicamente nuestra, como la barbarie de los celos. Un italiano es capaz de torturar a una mujer que tiene deberes, hijos y amores, durante meses y meses. Torturarla, perseguirla y hasta amenazarla. Conducta de bribón para vencerla, conducta de tirano para vigilarla y de delincuente para dominarla cuando no quiere más saber de nosotros. Así es la moral sexual del varón en Ita-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

lia. En los otros países se empieza a ser más civilizados.

Agréguese que muchas mujeres resisten por moral higiénica o por pudor, en vez de confesar que están enfermas, inventando una excusa sentimental o moral.

Cuando está enferma la mujer italiana, por pudor y por temor al médico, arrastra consigo en la vida sus llagas y se cubre virtuosa. Con esas no está bien insistir por razones de salud. Pero a los dos o tres meses, si se han curado, las encontramos dispuestas.

Uno de los interlocutores respondió:

—Todo esto es bello, pero cortar al amor el encanto de la lucha, el misterio, el temor de no ser correspondido se hace un juego fácil de los sentidos sin que el alma sea tocada en nada y entonces — según yo lo creo — el placer es menos profundo.

—No, no, no. Se equivoca. Nosotros no queremos de ninguna manera sacar el amor de los velos del sentimiento ; queremos que no sea embarazado por la moral y los intereses, que muchas veces meten la careta del amor en el rostro del odio. Pero también en nuestras relaciones, entra un infinito de ternura y de bondad. Entra también, sostengo yo, el verdadero amor: amor impelente, de urgencia.

Otro de los oyentes puso fin a esta discusión, diciendo:

—No olvidemos que Doriani nos debe otro coloquio, de tipo sentimental.

—Lo referiré enseguida:

Tipo II: — Buenas noches, señora... ¿Sola?... Extraño.

—No tanto como lo cree... yo recibo a muy pocos amigos, y aún éstos me son con frecuencia infieles... se olvidan de mí... Hay tanta diversión afuera y aquí tan poca. ¿Qué gusto pueden tener en venir a cambiar cuatro tontas palabras con una mujer como yo?

—Es usted muy modesta — la modestia es una de vuestras infinitas virtudes. — ¿Cree acaso que puede uno

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

aburrirse estando a su lado?

—¿Usted me encuentra... entretenida?

—Adorable la encuentro, como siempre. Yo amo la quietud de los salones, en penumbra, y la serena confidencia que nace de la amistad... Se pueden decir cosas muy gentiles, se puede recordar el pasado, confidenciarse... Hace tanto bien encontrar a alguien que nos escuche.

—¿Ha sufrido usted mucho en la vida?

—Todos sufrimos señora ; pero yo tuve más dolor que los otros.

—En este caso debe más que los otros buscar diversiones, ¿verdad? : los teatros, las mujeres...

—¿Las mujeres?... Yo, señora, no busco las mujeres, busco una mujer, una sola mujer, para amarla locamente, y adorarla de rodillas : una mujer que amar y estimar al mismo tiempo.

Doriani se interrumpe.

—Es inútil que yo continúe el diálogo: mi imbécil ya ha dado el paso falso, a los cinco minutos dirá a la señora con gesto melodramático: "Y esta mujer es usted". Más la señora ya habrá comprendido que con un tipo de esa clase hay que ponerse sobre un pedestal y hacerse la diosa.

Le preguntará: "¿Está usted seguro de sus sentimientos?" Y le pedirá tiempo para sondear los suyos. Después de haberle extendido la uña del dedo meñique de la mano derecha para besar, y con ella también aquella poca de esperanza que hará que la historia dure tres meses.

Lucio Tavini, dijo:

—Lo que piensa Doriani es justo y los dos tipos del diálogo corresponden, según mi manera de ver, a los dos tipos característicos, destinados: el primero al triunfo y el segundo al fracaso, pero (encarándose con Doriani) una observación tuya reciente está en evidente contradicción con otra anterior. Tú has dicho: la mujer es todavía hoy, no obstante todas las cadenas, más hombre

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

que el hombre, más promiscua, más voluble, más atrevida. Yo estoy de acuerdo contigo. Pero luego has dicho, por pudor oculta sus enfermedades. ¿Cómo conciliar la desfachatez con pudor?

Doriani :

—Es simple: me he expresado impropiamente: no se trata de pudor sino de vergüenza. En la mujer no hay nunca pudor. Tomad un joven de dieciocho años y una muchacha de la misma edad que se amen y haced que entren en la pieza destinada a la actuación de esta suya decisión. El joven se avergonzará de desnudarse mucho más que ella. La muchacha se avergüenza en un solo caso: si tiene la ropa blanca o poco elegante o sucia.

Yo tengo treinta años y me he desvestido delante de cientos de mujeres. Y aún así todas las veces que me desvisto delante de una mujer nueva siento verdadero pudor. En vez ellas, todas, sin excepción, se despojan del corsé, de las enaguas y de las camisas, con una desenvoltura y una rapidez extraordinarias.

—Eh, todas sin excepción... No exageremos.

—En suma, al menos el noventinueve por cien hacen así, porque la mujer está orgullosa de su desnudo que es su perfecta belleza... ¡Algunas veces hay casos!... Uno me ha sucedido a mí, es muy original.

—Cuenta...

—Dios santo, me hacéis hablar mucho esta noche. Y luego, yo no soy propiamente el hombre más dado a contar historietas impúdicas. No obstante os satisfaceré... Ocurrió diez años hace. Tenía veinte años; veinte años y mi atelier. Era mi estudio de la calle Margatta que tenía también un poco de jardín bajo el Pincio y bajo las terrazas del Hotel de Rusia... Con ustedes, es inútil que yo cambie nombre, que trate de ocultar, pues todos ustedes la han conocido : ha sido mi amante durante tres años y yo la he querido mucho... Se trata de Doretta!... Aquellos que la han visto cuando tenía quince años posar desnuda frente a ellos, deben agradecer a Dios por haber nacido artistas. Era un pequeño desnudo de ensueño, maravilloso,

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

sin la menor imperfección y de un color rosa como solamente algunas nubes de las auroras romanas pueden tener.

Yo era entonces muy inexperto para intentar reproducir de aquella delicadeza de tonos en plena luz del día y venía entonces a posar en secciones nocturnas: desde las nueve a las doce.

Durante dos meses fué solamente mi modelo. Pero una noche mientras bajábamos las escaleras para acompañarla, nos besamos y volvimos atrás.

Doretta por tres años fué mi amante. Pero después de una semana, cuando hubo pasado los primeros furores del amor, la rogué de posarme todavía inclinó la cabeza y se puso a sollozar: no puedo, no puedo; ahora no eres más un pintor, eres un hombre... que me mira.

Y no pude convencerla. Decía: Si me abandonas no vuelvo a posarte. Para otro pintor posaría, pero ante mi amante no, no puedo.

Y no se lo pedí más para no apenarla.

Y fué mi amante durante tres años y no se ha levantado nunca en camisa, sin que yo hubiese antes apagado la luz.

—¿Luego, el pudor existe? ¿Pero qué cosa es? ¿Quién lo sabe?

Y los tres artistas se envolvieron en el humo de las pipas y de los cigarrillos.

Pensaban en el pudor que existía tal vez, pero que va desapareciendo, que muere.

¿Qué era o que es?... Un capricho o una porquería de la educación cristiana.

MISTERIO

"Una pálida cara y un velo negro". Y bajo el velo negro, dos ojos más negros que el terciopelo negro, más grande que la mitud del rostro. Era todo ojos.

Pero aquellos ojos no miraban jamás. Se detenían en pensamientos lejanos. Y casi siempre los tenía cerrados;

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

casi siempre cerrados. Y los párpados cerrados, enormes, parecían dos conchas de caracol blanco y las cejas, un arco lunado de Onix, tenía una extraña y húmeda oscuridad que producía estremecimientos.

Tantos estremecimientos daba, pero ninguno la estremecía.

Tenía diez y seis años y estaba encerrada en un mundo lejano, en un mundo de sueños tal vez, donde nadie podía, donde nadie sabía seguirla. Era más cerrada que sus párpados cerrados, más oscura y más lejana que sus ojos de carbunclo y de tempestad. No hablaba casi nunca. Y las palabras que pronunciaba eran gotas de pensamiento: formadas, redondas, pausadas, un poco cansadas.

¡Cuanto cansancio y cuanta vejez había caído sobre aquella adolescencia! Tal vez fuese su misma palidez la que le hacía pálida la vida, tal vez estuviese embrujada. Parecía que un morbo terrible le secaba la sangre, parecía que una negra hechicería la esperaba en la almohada para robarle durante la noche el álito y la vida.

Era una vida sin electricidad, una carne sin nervios. Parecía un lago firme y calmado, bajo una luna de Agosto, cuando el agua es aceite estancado. Y asimismo...

Yo la llamé antes de saber su misterio. Se vestía siempre de negro: toda de negro.

Era un nocturno de Chopín, una sonata de Drdla, Hamlet en saya, cuando yo, mirándola desde lo alto de mis 30 años, le decía paternalmente: pobre ente, sufrirás mucho!... Sonreía con su risa ambigua. Y miraba a lo lejos: su pensamiento, su misterio, con los ojos de tempestad y de terciopelo negro. Después se encerraba en sus párpados enormes, en sus conchas blancas.

—¿Por qué está tan lejana?

—¿Yo, lejana?... ¿Por qué?

—Porque no habla nunca.

—¡Por Dios!... ¿Qué debo decir?

Un día le pregunté:

—¿Ha pensado alguna vez en el amor?

Dijo con la voz que le temblaba un poco:

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

—¿El amor?... ¿Qué cosa es el amor?

Volvió a encerrarse en las conchas blancas de sus párpados enormes.

Era entonces la ausente. Se había alejado de la vida. Su frialdad alejaba al amor de su lado. Tocaba muy bien el piano; tocaba casi siempre a Schubert. Pero si en alguna conversación, en una oportunidad cualquiera, un hombre le decía una galantería, ella respondía con alguna palabra seca cortada con una sonrisa pálida y triste... "¡Por amor a Dios!... no se haga el estúpido también usted..." "¡Oh!... sabe, ciertos necios, a mí no me producen ni frío ni calor".

Y ponía en seguida un aire tal de despecho que había que callarse. Y ella, con los ojos bajos, se envolvía en su silencio como en un sudario.

Su madre decía: — Es muy seria por sus años... y va a terminar monja.

Su padre la llevada a hacer largos paseos, creyéndola enferma.

El doctor decía: — No... Oh! Dios!... Sí, es un poco anémica... pero las muchachas de ahora son todas anémicas. Más de eso no tiene.

Yo habitaba en la misma casa. Mi ventana daba frente a la suya.

Daban nuestras dos ventanas sobre un patio estrecho, oscuro. La casa era vieja, las paredes estaban sucias, agrietadas. Estábamos en un cuarto piso, y cuando se miraba abajo, el patio parecía el fondo de un pozo.

Otros inquilinos se arrimaban alguna vez en aquella tromba de pozo, pero rápidamente, batiendo una persiana o agitando un tapiz.

Si deseaban permanecer en la ventana, no venían a aquella tromba, iban a la ventana que daba sobre la calle.

Sobre los muros del patio se veían un montón de hierros cuyo uso era inexplicable. El viejo portero me había dicho que antes allí existía un pozo para que los inquilinos pudieran hacerse de agua sin salir del piso.

En aquellos tiempos yo era noctámbulo. Siempre lo he

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

sido. Porque en mi alma está únicamente la noche. Porque en mi alma están únicamente las estrellas. Las estrellas lejanas que nunca me hicieron mal. La noche silente que me da la soledad y el amor, las dos cosas solamente buenas en la vida.

Una noche me pareció de oir un ruido en el patio. Era tarde. Cerca las tres de la mañana. Miré atrás de las persianas cerradas. Con la lámpara, en mi pieza, apagada.

Sobre el patio llovía y de cuando en cuando un débil rayo de luna viajaba por entre montañas de nubes y miraba el mundo sordo desde las desembocaduras de las galerías.

Yo miraba el patio desde atrás de las persianas cerradas. Una sombra se movía en el abismo. Dos ventanas estaban abiertas. Dos ventanas sobre el patio: la de un estudiante de leyes en el tercer piso y aquella de Misterio.

En el primer momento supuse que se trataba de un ladrón, pero cuando ví, en un rayo de luna, a ella apoyarse sobre el alfeizar con su cara más pálida que la luna y un chal sobre las espaldas desnudas, comprendí.

Aquel muchacho del tercer piso, casi todas las noches exponía la vida en un terrible viaje aéreo, teniéndose a los viejos hierros de los recipientes, olvidados aquí y allá sobre los muros.

Yo lo seguí, en el viaje terrible, sujetándo el aliento como hacía aquella muchacha...

¡Si una mano se equivocaba! Nada: el vacío, un cráneo estrellándose en el patio, un amor muerto.

Y sabía ahora su misterio y también su palidez.

El amor, el ansia de todas las noches, cuando espiaba el posible y trágico fin del amante y el goce secreto de todas las noches.

Misterio.

—¿Nunca usted ha pensado en el amor?

—¿El amor?... ¿Qué cosa es el amor?

—Es el hermano menor de la muerte, pero hay que vivir la noche, con las ventanas entreabiertas, en los patios oscuros para saberlo.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

—¡Dios! ¡Dios!... Usted me ha descubierto... por caridad, por caridad, no me arruine.

—¿Yo?... Pero si yo no diré nunca nada a ninguno... Yo la bendigo, loca... pero busque otro modo... Vea... una noche u otra... cuando regrese cansado... comprende: se mata.

—¿Cómo hacer?... No hay otro modo... ¡Estoy tan vigilada!... ¡El mundo es tan malo!...

UNA PEQUEÑA AVENTURA

Vincenzino Sandelli es un enamorado del artículo 335 del C. P.

Debe conocerlo bien porque es abogado, y porque lo infringe toda vez que se le presente la ocasión.

Dice que las mujeres son soportables únicamente antes de los quince años y después de los sesenta.

Después de los sesenta para la... conversación.

Vincenzino Sandelli posee óptimas disposiciones para ser maestro de escuela. Pero el trabajo es fatigoso.

Por otra parte no lo ejerce porque las mujeres son de una ingratitud cruel. Después de haber perdido dos, tres, o cuatro años para hacer de una tontuela una mujer perfecta, ésta os planta y va a aplicar vuestras enseñanzas con cualquier otro; a menudo no con uno solo, sinó con varios.

Todo esto es muy triste. Yo he tenido en la vida, dos o tres desilusiones de este género y me he cansado de enseñar.

Por lo demás, aquella es una instrucción que debería impartirla el Estado. El amor es fuera de duda la cosa más seria de la vida, y en la Universidad sin embargo no existe una cátedra de "Placer".

Es una grave falta que el progreso debe corregir.

Muchos dicen que la madre Naturaleza, provee de por sí. Pero no es cierto.

Por aquella poca de experiencia personal que tengo en esto, yo tengo el convencimiento que la mayor parte

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

de los hombres y de las mujeres, mueren sin haber comprendido mucho en lo que respecta al amor o sabiendo muy poco.

Todas las mujeres casadas que me han procurado el riesgo de recibir un tiro, me han dicho siempre: Ah!... pero... tú... extraño!... Es curioso!... Con mi marido no he sentido nunca nada.

Algunas me lo decían por puro cumplimiento, pero muchas decían la verdad.

Y esto porque los maridos, obedecen casi siempre a la norma de la geografía moral que es una ciencia hecha a propósito para envenenar el amor y para hundir las quijadas del aburrimiento.

La geografía moral divide el cuerpo del hombre y el cuerpo de la mujer en tantos centímetros y milímetros cuadrados y tira confines, barreras, coordinadas, paralelos, óvulos. En tal parte se va libremente, para aquel otro hay que tener pasaporte, este óvulo no se puede golpear, más allá de aquel paralelo no se puede avanzar. Es una historia malditamente complicada y para no resbalar hasta la inmoralidad hay que conservar una sangre fría!...

Ahora bien; como para entregarse de lleno al amor es necesario perder la cabeza — de otra manera nos descubriríamos demasiado ridículos — tenemos por consiguiente que la geografía moral mata el amor, o que el amor, es por su naturaleza, inmoral.

¡Luego si al menos la geografía moral, colorease el cuerpo humano en centímetros cuadrados como colorea los mapas de la otra geografía! Con una leyenda bajo los pies: rojo: prohibido; azul: libre; amarillo: solo con el dedo; verde: decente reducido.

Se podría dejar encendida la luz y estudiar de no incurrir en la anatema. Pero estamos siempre en lo mismo: ¡sería necesario no perder la cabeza!...

La mayor parte de los hombres y de las mujeres no la pierden lo suficiente, y no la pierden científicamente. Por esto no se divierten. La mayor parte de los ma-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

ridos la pierden solo cuando se dan cuenta que la mujer la ha perdido ya con otro.

Es de una absoluta necesidad para los estados modernos establecer la cátedra de "Placer", ciencia opuesta a la moral y que se basa sobre estos axiomas: 1° La vida es triste. 2° La única cosa que hace soportable la vida es el amor. 3° El amor es inmoral como todos los vicios, sin los cuales reventaría uno de aburrimiento. 4° Entre un hombre y una mujer todo es permitido, pero por educación, todo hay que olvidarlo, después... de lo sucedido. 5° El amor es una ciencia mucho más difícil de lo que creen comúnmente corolario del cuarto axioma: para salir bien en el estudio de la ciencia del amor, es necesario ser corto de sentido moral.

Pero no continuo.

Porque, repito, es un oficio fatigoso. Si hubiera un sueldo gubernativo, paciencia! Pero así... por nada. Y decir que las mujeres para dejarse enseñar pretenden también ser pagadas! Y después se van.

Yo ahora estoy buscando una mujer que me pueda enseñar alguna cosa nueva. Lo lamentable es que no la encuentro. Hablan todos de la cocaína que puede tomar uno por su cuenta y que es más vieja que el futurismo.

Vincenzino Sandelli enseña. Las lectoras que deseen su dirección pueden verme a mí o escribirme F. P.

Ayer empezó a contarme a mí, que soy una persona seria, y a un senador moralista, su aventura del mediodía. Empezó de muy lejos: sosteniendo la necesidad de la derogación del artículo 335 del C. P.

—Si yo me embarco en Nápoles y permanezco veinticuatro horas en un piróscafo, al desembarcar encontraré entre los árabes. Las mujeres árabes pueden ser realmente mujeres a los ocho años, y yo no comprendo porque las nuestras, según las leyes, tienen que esperar diez años más!!...

El senador: — Es una cuestión de clima, de desarrollo!

Sandelli: — No hay tal cosa... Es posible que de

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

una banda a la otra del Mediterráneo haya diez años de clima de diferencia?

El senador: — Pero hay también una cuestión de educación... no sé... ¡nuestras niñas hasta los quince o dieciséis años no comprenden nada!...

—No crea, senador. Mi amiga de hoy, por ejemplo, no tenía más de once o doce años, pero casi comprendía mejor que yo...

Y siguió:

El Duomo estaba en sombra. En medio de la calle solo había una raya de sol muriente, enrojecido. Yo salía entonces de la oficina y me dirigía a beber el acostumbrado vermouth de antes de la cena. Una niña de once años, sin sombrero, con una trencita negra sobre las espaldas, caminaba despacio, con su pequeña nariz, al aire, por la acera junto al Duomo.

Las niñas de once años que van despacio, ya son sospechosas... La he seguido. Entonces ví que tenía la pollerita muy corta, las medias de seda y los zapatos lucientes.

Las niñas de once años que llevan las medias de seda... son más que sospechosas.

Ella se dió cuenta pronto que yo la seguía. Y sonrió — ¡la canalla! — con una breve sonrisa ambigua hecha con el ángulo de la boca y con el ángulo de los ojos. Es una sonrisa que dice: Estamos de acuerdo, y que muchas mujeres no la aprenden ni a los treinta años, y que muchos hombres no la entienden ni a los cincuenta.

La muchacha aceleró el paso y tomó por una telaraña de callejas oscuras.

Yo la seguí.

Cuando vió una callejuela desierta, aflojó el paso.

Estábamos perfectamente de acuerdo. Me le acerqué.

Gina. Se llama Gina, Ginetta, Ginettina!

Un amor, ¡os digo!... La mujer en miniatura. Porque es ya mujer. Solamente... que tiene once años. Entre los once y los doce: sí; pero no todavía los doce. Pero un amor, os digo! Ciertas veces, vale la pena pensar

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

por encima del art. 335. Después, santo Dios, que hace la vida... ¡Seguro!... la vida. ¡Pero dejenme que les cuente!... es decir, esto lo ha contado ella... Después me dijo que es de Greco y que a la mañana viene a trabajar a Milán.

Su madre se pone contenta cuando la noche del sábado le lleva el importe de su trabajo durante la semana. De lo demás no se encarga. Tiene mucho que hacer, pues además, de Ginetta, tiene tres hijos pequeños. La madre pues, no se encarga; tal vez se imagina, pero con tal que el sábado el dinero sea abundante! Ginetta ha hecho en la ciudad la muchacha de tienda entre planchadoras, modistas, sastres... pero alguna vez queda sin trabajo y entonces.. en casa no lo dice y trabaja por cuenta suya.

La primera vez fué así. Llevaba camisas a un señor serio, un juez del tribunal, moralista, casado y con hijos. Lo encontró solo en casa y el señor serio le dió veinticinco liras. "Sí, me hizo un poco mal, pero..., sabe, veinticinco liras".

¡Ya ahora han pasado dos años y he ganado tanto dinero! "Pero dónde lo pones?". Y aquí está la grandeza de Ginetta que es, repito, completamente sabia en su trabajo. Ginetta me ha contado que tiene un amigo — también las más grandes lo llaman así; no dicen "souteneur" porque es una palabra francesa, difícil — que tiene un amigo, un muchacho de dieciséis años, mecánico, que después, cuando sean un poco más grandes, se casará con ella, pero que mientras tanto tiene necesidad de plata porque juega a la noche con los compañeros. Y ella debe llevarle alguna cosa cuando regresa a Greco, porque si no la pega... "Me pega, pero me quiere mucho, sabes; las escenas de siempre, comprendes: es celoso; tiene miedo que lo haga por nada, por simpatía... ¿Comprendes?..."

Yo he comprendido todo... he comprendido aquello que sabía ya; es decir que la vida de los adolescentes en la sociedad de la moral y del dinero es como aquella de los adultos. La única diferencia consiste en la estatura.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

El senador moralista había escuchado con la boca abierta y los ojos brillantes.

Sandelli sonriente dijo:

—¡Eh! Deliciosa, deliciosa! Una cosa tenía todavía de niña: las bombachas. Tal vez una precaución de la madre. Bombachas cerradas, abotonadas... sabéis. He tenido que cortárselas.

El senador y yo, en aquel momento, sin decirlo, pensábamos, envidiando, el vermouth de Vincenzino Sandelli.

Pero hablábamos de política.

De repente una muchacha de once años, en cabeza, con una pollerita corta y las medias de seda, corrió al encuentro de Sandelli, y parándose delante de nosotros, se dirigió a él.

La gente se volvía, se paraba.

El senador corrió a admirar una vitrina.

Yo me hice a un lado para encender un cigarrillo.

Sandelli y la muchacha se confundieron entre la multitud, desapareciendo.

Entonces, el senador mirándome: — ¡Y yo que había creído que Sandelli contaba una novela!... ¡Qué tiempos! ¡Qué tiempos!...

EN LA VIDA UNA VEZ, Y NUNCA MAS

Se había envuelto en su risa como en un cilicio de castidad.

Y parecía su risa una hoja blanca de cuchillo que se movía relampagueando en sus labios rojos, que parecían una herida y riendo sufría, sufría.

Solamente los imbéciles la creían contenta y los imbéciles son tantos!... Siempre y por todas partes se encuentran los imbéciles. Su número es infinito, forman legión, multitud. Surgen de todos los ángulos oscuros de las calles del mundo: constituyen el negro grupo bullicioso y amorfo de la humanidad. Son presuntuosos, si estudian para parecer inteligentes o creen verdaderamente serlos. Y como el ingenio es sensibilidad del cerebro, a

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

los imbéciles les falta la sensibilidad y pueden reir siempre ellos y están contentos de verdad. Ríen con una risa fuerte, gruesa, desbocada, con una risa grosera que corta los nervios.

Y esos que ríen así, no saben que para las personas inteligentes y sensibles, la risa es únicamente una mueca de dolor. Una terrible mueca que hace saltar todas las cuerdas al violín del alma.

Su historia, era la de todas las pequeñas desilusionadas. Y después de la primera decepción se había envuelto en la coraza de su triste risa.

A los hombres les temía, y por esto, los odiaba.

Por aquel único que...

A los quince años, una noche en que la sangre le hervía, un bruto la hizo suya, brutalmente, sin palabras, sin caricias ni besos.

Y fué una noche de primavera con infinitas estrellas reflejándose en el mar, una noche de primavera con mucho calor en las ráfagas del viento.

Y fué, el bruto, un viajero que venía de lejano y que iba a un sitio remoto y que el destino lo condujo a su lado justamente aquella noche en que la sangre le hervía y que las estrellas danzaban en la onda, porque tenían en las venas el mal erótico del viento.

Ella ni se había defendido. Amaba el amor.

Lo quería. No le importaba de quién.

Durante noches y noches de su adolescencia inquieta se había atormentado en su camita blanca, soñando el amor y sofocándolo entre los sollozos. No pudo conseguir en una imagen determinada la imagen de su sueño. Un hombre joven sí, bello sí, ¿pero rubio?, ¿moreno?

¿Rubio como los cabellos del sol? ¿Moreno como las alas de las golondrinas? ¿Con los ojos turquinos, fijos y firmes como aquellos de la muñeca de Norimberge?... ¿Con los ojos negros, de Onix, humildes y buenos como aquellos de Mors?

En el insomnio y en el mismo sueño ella veía inclinarse sobre su ardiente frenesí, caras ávidas y febricientes.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

Y esas caras eran todas distintas. Mas las bocas eran todas rojas de grana y los dientes siempre blancos como los pétalos de los jazmines que venían a morir sobre su davanzal las tarde de primavera.

Cuando llego el viajero que venía de lejos, ella estuvo pronta como un pebetero encendido, como una pila de agua santa desbordada, como una mano abierta.

¡Había tanto tiempo esperado el momento en que debía ser suya y del amor!

¡Y aquella hora la habían durante tanto tiempo postergado los carceleros de la virtud!

Todos estaban a su alrededor para vigilarla.

Y si ella no pudo escoger en sus sueños y no se dió al viajero, se entregó a la única hora de su libertad, arrancada a los carceleros de la virtud. Y el viajero que había venido del Oriente siguió el camino de Occidente, corriendo hacia el sol que iba a dormirse atrás de los encajes azules de las montañas en las sábanas de sangre de las nubes. Y ella quedó sola junto al davanzal, viendo, sintiendo morir los jazmines en la noche de primavera. Después rompió a llorar sobre la almohada por toda una noche de pasión. Lloró toda la noche, y al llegar el alba no tenía más lágrimas. Entonces rió con su risa triste que tintinaba como una campanilla de plata y los imbéciles dijeron que era de contenta. Y nadie supo jamás que aquella risa era un sollozo disfrazado, en el carnaval de la vida.

Aquella risa era la sangre de dos virginidades hechas sonido.

La virginidad de su cuerpo y la virginidad de su alma que el viajero se había llevado consigo en el camino de Occidente.

A ella le había dejado únicamente aquella risa que era un sollozo, aquella hoja de navaja entre la sangre de los labios.

Serena se llamaba. También su nombre parecía una irrisión.

Me producía tanta piedad.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

Y éramos amigos. Muy amigos. Porque conmigo no necesitaba reir para defenderse. A mi lado podía descansar.

Y dejaba descansar, cuando hablaba conmigo, aquellos sus grandes ojos color de hojas marchitas que palpitaban con reflejos amarillos y malignos en la risa, aquellos sus grandes ojos que tenían un deseo loco de cerrarse y desvanecerse, en la cara doliente, bajo una caricia, bajo mil caricias!...

¡Pobre Serena!

Era bella. De una belleza sana, joven y fresca. Parecía un cielo de abril lavado por un temporal, una primavera florida y tibia, tibia por un beso del siroco. Pero bajo aquel cielo de abril, relampagueaba aquella risa en la cual vibraba, en sordina, un temblor de histerismo.

Conmigo no. Conmigo podía descansar. Yo no soy, ni he sido nunca testarudo. No he implorado nunca, insistido jamás.

He poseído únicamente aquellas que me han querido.

De las otras, de aquellas que no me querían y que no se ofrecían, yo sabía permanecer amigo, solamente amigo.

Fueron mis hermanitas, mis hermanitas buenas a lo largo del camino duro que ensangrienta los pies y el corazón hacia el sueño infinito.

Podían ellas hablarme de sus amores, pedirme consejos, podían dejarme su mano entre las mías, sin temor que yo la apretase, posar su cabeza sobre mi pecho, sin riesgo de que la besase.

Por esto, una noche de verano, junto al davanzal sobre el que agonizaban los jazmines, Serena dejó caer su cabeza sobre mi hombro, y lloró.

"Hablo únicamente contigo de esto. Dejame posar la cabeza sobre tu hombro. Déjame llorar con la cara escondida. No me mires. No busques mis ojos llenos de lágrimas. Ningún hombre me ha visto. Y aún tú mismo no debes ver mi rostro así. Mi boca roja que castiga a los galanteadores con los latigazos de su larga risa perversa, tiene un deseo loco de morder y de dejarse morder. Recoge besos en el aire, pero no los da.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

Si te sintiese temblar con un solo temblor de deseo, correría lejos. Me darías miedo. Yo puedo llorar a tu lado, porque tú estás cansado de amor.

Yo que tengo tantas ganas de amor.

¡Dios! ¡Qué deseo el mío!

Ha estado este deseo, en todas las habitaciones de mi casa.

Es como una larga sombra que envuelve todas las cosas. Pasa sobre las manos, roza las cortinas, toca los muebles, espera sobre las sillas, bosteza con un lento desvanecimiento sobre los lechos.

Mi madre, mis hermanas mayores, los hombres, todas las criaturas que pasan por las piezas son asidas por una larga sombra.

Hay susurros atrás de las puertas cerradas, enjuagues de agua en las palanganas, rumor de besos, gemidos, gritos.

A la mañana hay sobre los pisos, toallas ya usadas y los lechos están deshechos.

Los lechos que han crujido toda la noche. Y hay en el ambiente, un acre olor de amor satisfecho. El olor acre y caliente de sudor y de juventud que queda en las sábanas tibias de los lechos donde se ha amado.

Aquella larga sombra me ha sorprendido también a mí.

No te muevas. No busques mi cara que llorá. Déjame llorar sobre tu hombro, con la cara escondida, así. Tengo mucha pena en el alma, déjala que se desahogue... Mas yo quiero que ningún hombre vea mi verdadera cara. Yo quiero que ningún hombre me tenga compasión.

Aquella larga sombra me ha prendido también a mí.

Y fuí del amor, una sola vez.

Una vez sola únicamente, en la vida.

Y no lo seré más.

Porque ustedes los hombres producen asco y horror.

¿Saben qué cosas son ustedes?

No te muevas, déjame hablar.

Ustedes son perros.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

Sí, mira; hay un perrito roñoso que pasa algunas veces cerca a la puerta de mi casa.

Hay, en el umbral, dos tiestos de geranios. El perrito se para y husmea una de las plantas, siente olor de orín, siente olor de hembra, tal vez. Y entonces levanta una de sus patas posteriores. Después se va. Sin volverse atrás.

Así hacen ustedes.

Y se alejan sin volver la cabeza.

Este insulto lo he sabido una vez.

Pero no me dejaré insultar más.

amo yo.

Tomo los senos con mis pequeñas manos, los llevo a la boca, chupo las fresas de mi juventud.

Luego, desnuda, voy a besarme en el espejo. Me atormento durante las noches, sola, en un delicioso tormento.

Por deseo de ustedes, pero sin ustedes.

Porque los hombres me dan miedo, horror.

Sois como el perrito roñoso... Ahora que sabes, déjame llorar sobre tu hombro, con la cara escondida.

Pero no busques mis ojos que lloran.

Yo quiero que ningún hombre tenga compasión de mi.

MARIA VELARDI

A los catorce años yo me uní a una mujer. Demasiado pronto, se creerá. La gente lo ignoraba, pero nosotros: yo y mi compañera, bien lo sabíamos. Y cuando la gente lo supo, ha hecho aquello que hace la gente en esos casos: ha puesto el dedo entre la mujer y el hombre.

Y aún, entre yo y mi mujer han puesto un Cristo.

Y será entonces por esto, que desde entonces yo y Jesucristo no hemos andado nunca de acuerdo.

Ella se llamaba María Velardi.

Hay tres Marías en mi vida y las veces que recuerdo

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

alguna de ellas me vienen ganas de llorar.

Porque esas tres Marías diseñan con sus tres rostros toda la trama de mi juventud, que ha muertò y no volverá más.

María. María. María.

Mía. Mía. Mía.

Ha sido el estribillo de la canción de mi adolescencia, el estribillo de la canción de mi juventud, el estribillo de la canción de mi primera virilidad.

María no es un bálsamo para la boca, ni es un nombre dulce como aquel del Ave...

María es el nombre de todas. Es el nombre de la mujer.

Eva no se llamaba Eva, se llamaba María.

María es el amor.

Si volviesen las tres: en este declinar, lleno de sol; dentro, la sangre del sol. Si volviesen a reir con las tres locas perversas... así... teniéndose de las manos.

Si volviesen a besarme entre lágrimas, sonrisas, alegrías, penas y absorberme la vida en un lecho grande como el océano, profundo como mi pensamiento.

María. María. María.

Mía. Mía. Mía.

¿Dónde están ahora?

¿Lejos? ¿Muertas?

No he sabido nada de ellas.

Acaso hayan muerto.

Y sin embargo tornarán en el crepúsculo de mi dolor, en el crepúsculo verde de mi muerte. Volverán siempre teniéndose de las manos, a reir sobre mi corazón y a besarme el alma.

Yo quiero que estén mis tres Marías para que me canten el antifonsario de la Gloria.

Es la agonía. María: mía.

Era rubia, de un rubio de avena madura. Tenía la frente baja y un flequillo de cabellos sobre su frente; los ojos verdes, la nariz pequeña, la boca grande, roja; larga, roja y carnosa; ya formada, ya madura, toda ávida de besos, de mordiscos, de sangre.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

Era pequeña... Tenía once años.

Pero el relámpago de sus ojos verdes y la sonrisa de su boca roja la hacían mujer, más mujer de tantas inútiles mujeres linfáticas de treinta años.

Me odiaba. Delante la gente me odiaba. Con un odio vigilante, listo, perennes, sin descanso. No perdía jamás oportunidad para zaherirme, para punzarme, para ofenderme. Si había gente el rayo de sus ojos verdes se hacía frío, cortante; la sonrisa de su boca roja desdeñosa y sarcástica.

¿Qué instinto le había prendido en la sangre, en su frente la mentira y el doble juego que la hacía gozar? ¿Acaso saben mentir desde la cuna las mujeres para defenderse y ocultar sus ansias?

Es que los hombres han sentenciado que el amor es una culpa. Y ellas, pobres chicas, nacen con tal manía de culpa en la sangre que deben forrarse de mentira para no gritar.

La Naturaleza previsora pone, quizá, la noche de la séptima Epifanía en sus lechecitos de encajes y puntillas una máscara de pudor, de sentimiento y de fidelidad que place tanto a los hombres.

Pero no aman aquella máscara. La arrancan voluntariosas cuando encuentran en la vida a sus hermanos libres y jocundos!

—Sabes, querida, conmigo es inútil... Tengo la sangre hirviendo como tú, tengo la sangre que muere de ansias y el corazón me tiembla en la garganta. Somos jóvenes, mira... y la comedia es estúpida; el tiempo pasa y cada momento es un beso perdido.

Entonces se arrancan las máscaras y ríen:

—Sí, sí, sí: cómo son estúpidos los hombres! Qué bello es el amor! Cómo huye el tiempo! Cómo agoniza la juventud! Tómame... tómame toda. Bésame, bésame toda! Bésame, bésame... aquí... aquí... aquí...; no, no, así no... es demasiado, me hace morir... Hazme, hazme morir.

Yo no entendía, entonces, la mentira de María Velar-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

di. Era tan bestia a los catorce años!

Ni me explicaba por qué su hostilidad cesaba cuando quedábamos solos.

Entonces, el silencio la dominaba por entero, tenía un pequeño temblor de ansia y de miedo; la respiración se le hacía afanosa, entrecerraba los ojos que bajo las pestañas desfallecían lánguidos, dejaba la boca semiabierta llena de sombras y de aliento cálido.

Permanecía ante mí así temblorosa y deseosa como delante de un misterio que iba descubriendo.

¡Pobre chica! Y yo no comprendía.

No sabía más hablar.

Me miraba... me miraba oblícuamente.

Si la tocaba, aunque sólo fuera una mano, le despertaba tal fiebre en su sangre, que tenía que apoyarse a un mueble para no caer... Y huía.

Y yo era tan bestia que me preguntaba ¿qué diablos tendrá? ¿Está loca?

¡Me gustaba tanto! ¡Era tan ágil, tan lozana, tan tibia! Ciertas veces, cuando quedábamos solos y la veía temblorosa, ansiosa, hubiera querido besarla en la garganta que palpitaba. Tenía una garganta tierna y blanca como los pétalos de las gardenias, palpitante como el pecho de las palomas. Hubiera querido besarle la garganta, pero no osaba.

¡Me parecía tan pequeña que creía marchitar una flor!

¡Se es tan estúpido cuando se es muchacho!

Y aquella flor no esperaba otra cosa que ser marchitada. Es decir: no marchitada, tomada. Porque las flores brotan y se abren para dar el color y el perfume a alguien.

Yo, entonces, no comprendía, y temía.

Y ella se consumía de deseos. ¡Qué deseos! Aquel deseo de hombre en la muchacha que tiene la sangre hormigueante y que no puede hablar.

Su madre no reparaba en nosotros. ¡Eramos tan jóvenes! Y un día, a pesar, su madre inconscientemente, nos juntó:

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

—Oiga, señor Mario, mi chica cursa el primer año normal; Vd., en vez, está más adelantado, va al Instituto; si quisiera ser tan bueno de dar una ojeada a los deberes de María... es tan borrica y tiene tan pocas ganas de estudiar; yo le estaría tan agradecida, sabe, tan agradecida! Y más, si no temiera ofenderlo...

—¡Imagínese, señora, por el amor de Dios!

María me miraba con los ojos color uva verde, turbios, llenos de odio...

—¿Por qué lo miras así, borrica? Te corregirá los deberes... y trata de entender; vuelves siempre a casa con malas clasificaciones.

La muchacha se encogió de hombros y nos plantó con una mueca de desprecio.

La madre argumentó:

—No le haga caso, señor Mario, tiene mal carácter esta hija mía, esperemos que se corrija.

Al atardecer del día siguiente vino hacia mí con sus tres cuadernos. Uno blanco, uno rojo y uno azul. Vino a mi habitación, puso sus tres cuadernos sobre mi mesa, se mantuvo de pie a mi izquierda, muy cerca mío.

No decía una palabra. Me miraba por el ángulo de sus ojos entrecerrados, húmedos, lánguidos, bajo las grandes pestañas de seda, me miraba con la boca semiabierta llena de sombras y de hálitos cálidos. Y temblaba, y la garganta blanca como los pétalos de las gardenias y tibia como la leche apenas ordeñada, palpitaba. Estaba de pie, a la izquierda, cerca mío.

Mirando los cuadernos, y para apoyarse porque se sentía desfallecer, me posó el brazo en el hombro y arrimó su cabeza a la mía. Sentía su mejilla hirviendo cerca de la mía y su aliento cálido que me quemaba: un mechón de cabellos rubios me acarició la sien.

Mi pobre sangre daba tumbos terribles. No osaba mirarla y tenía los ojos bajos, pero los ojos veían las piernas ágiles, perfectas, los piececitos pequeños y bajo la pollerita corta hasta la rodilla, un poco de puntilla de los calzones un tanto largos.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

Una hora duró el martirio. Ella, cuando se fué, vacilaba y yo me tiré sobre el lecho, enervado: tenía vértigos. Una larga semana, castañeteando los dientes por aquella fiebre de carne que nos sacudía, pálidos, anhelantes, agitados por el huracán de la sangre joven, tragábamos ambos las ansias, combatimos el huracán transtornados de los sentidos en el nombre de una moral que no conocíamos, pero que imperaba sobre nosotros como un íncubo tenebroso.

Después rompimos la cadena. Era necesario: si hubiésemos continuado penando en aquel martirio, padeciendo aquella pasión, el peso enorme que nos gravitaba sobre el pecho nos lo habría quebrado.

Y fué ella la que rompió la cadena. Por qué cerrada entre cuatro paredes y sin que nadie la vea, tiene, contra la moral, más coraje una muchacha de diez años que veinte hombres ya formados, puestos juntos.

El séptimo día de nuestra pasión, ella no se contentó con tenerme el brazo sobre la espalda, sino que me rodeó el cuello con su brazo y, aprovechando un momento en que yo me encontraba separado de la mesa, deslizándose suave, se me sentó sobre mis piernas y ocultó su cara que quemaba en mi pecho.

Entonces temblando le busqué la boca. La besé.

Por primera vez, en el beso, sonrió.

Y la sentí languidecer, deshacerse casi en la beatitud de aquel su primer beso de amor, vencido con tanta pena, con tanto martirio. Ahora ya, los sentidos galopaban. La sangre había ahogado el íncubo tenebroso de la moral. Y mi mano acarició las piernecitas sutiles, se enredó en los encajes de los calzones, subió ávida hacia tibiezas y ternuras cerradas y misteriosas.

Ella dejaba hacer feliz. Con una bella sonrisa muerta sobre la boca abierta, con tantas violetas en sus ojos entrecerrados.

Ahora ya los sentidos galopaban sobre el cadáver de la moral. Por un mes, por un largo mes todavía yo no pedí jamás nada para mí y tuve el pudor celoso de mi

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

sexo. Gozaba viéndola gozar y la besaba, la besaba en las dos bocas y más largamente sobre la más ardiente, durante horas y horas perdidamente hasta hacerla desfallecer de placer.

En una siesta de verano que su madre había salido de compras y que yo dormía destapado, entró en mi pieza y se acostó conmigo.

Después de dos meses no quería ser más respetada: le había dicho cómo se llegaba a ser mujer; me imploró que la hiciese.

—Pero querida... te hará mal... Eres tan pequeña...

—Sí, lo sé que me hará mal, pero, resistiré, lo verás...

Se agarró con las manos a los hierros del respaldo, apretó los dientes, no dió un grito, no lanzó un gemido. Me miraba con los ojos grandes, desorbitados, oscuros, llenos de loca ansia, de misterio...

Rió feliz después cuando se sintió mujer.

Aceitamos los goznes y las cerraduras de la puerta de su pieza.

Y en la alta noche, cuando todos en la casa dormían, yo me dirigía en puntas de pie a despertar mi amor. Sentía la respiración leve de su sueño tranquilo. La destapaba y le apoyaba la cabeza sobre su pequeño vientre, sobre su combo pubis, que empezaba a sombrearse de una distendida vellosidad de oro viejo. Yo no podía llamar la luz para que glorificara el milagro rosa de aquella mujer en germen. Pero mis ávidos ojos la veían asimismo en la oscuridad.

Era un cuerpo de adolescente pequeño y esbelto, tierno y elástico: perfecto. Los senos pequeños, duros, se formaban ya: los pezones eran dos fresas silvestres apenas nacidas. Su boca más ardiente producía, al gozar, un humor límpido que sabía a vino áspero.

Durante tres años yo he creído enloquecer sobre aquel cuerpo rosa, todas las noches.

Durante tres años la he visto crecer bajo mis caricias.

Nosotros estudiábamos las voluptuosidades más audaces y más atroces; todos los misterios de la perversidad

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

fueron nuestros, deliciosamente.

¿Quién ha dividido el cuerpo de la mujer y del hombre en centímetros cuadrados para trazar sobre aquellas divisiones, con una línea precisa, los precisos confines de la moral?...

¡Idiotas! Todo aquello de la mujer, que me gusta, es mío; y todo aquello de mi cuerpo, que le gusta debe ser suyo.

Cada caricia nueva y extraña es un canto de gloria de la carne santa, de la Natura pródiga.

¿Quién nos había corrompido? Nadie. Eramos dos muchachos. Pero nuestra sangre nos enseñó misterios que yo, después, más tarde, no pude revivir ni aún en las casas de placer entre las hetairas, maestras, sacerdotisas del vicio.

Durante tres años, todas las noche, yo creía enloquecer sobre aquel cuerpecito rosa.

Durante tres años ella gozó en el misterio su gran amor; con pequeños gemidos.

El amor nos consumía, pero nos hacía felices.

Yo debía esperar hasta que todos en la casa durmiesen, esperar que las cortinas de la oscuridad encerraran la gloria luminosa de nuestras caricias. Después hasta el alba, insaciable, gozaba, gozaba. Y a las siete debía levantarme. Tenía la cabeza vacía, los ojos hinchados, somnolientos. Y una languidez en el estómago, y una debilidad en las rodillas!... Pero mi sangre estaba aplacada y sentía, a la mañana, que el sol me calentaba dulcemente.

Era mi vida toda una cansada, beata primavera de paz. Ella crecía esbelta, sutil, blanca y ya no tenía los ojos turbios, y su boca carnosa reía, con una larga risa calmosa. Era buena.

¿Habéis notado qué cara y qué alma buenas tiene la mujer después del placer? ¿Cómo cada contracción de

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

las líneas de su rostro y su pensamiento desaparecen?

La mujer debe ser amada y gozada, debe amar y gozar.

María Velardi crecía insomne por su amor oculto. Estaba un poco extenuada, un poco pálida; pero satisfecha, buena.

Después vino la moral a destruir nuestra felicidad cumplida. Pusieron la moral entre nosotros. Y un pequeño Cristo negro, ahumado.

¡Oh! los hombres!...

Primero sospechó su madre. La cambió de habitación, la llevó a dormir cerca de ella. Entonces nosotros nos buscábamos de día en todos los ángulos de la casa, en todos los ángulos oscuros, detrás de cualquier cosa.

Desesperados.

La escalera de la casa era oscura, estrecha, angosta: un verdadero nido de sombras.

Cuando la madre la mandaba afuera, de compras, yo esperaba su vuelta sobre la escalera y nos tomábamos brutalmente, rápidamente, con el corazón en la garganta, sobre los peldaños.

Como los gatos.

¡Oh! la moral, la moral.

Poco después nos sorprendieron.

Su madre descendió sin zapatillas. Sentimos el grito de su rabia sobre nuestros dos cuerpos fusionados.

Y vino la "furia" a mi padre. E indicándome: Aquel asesino me ha "arruinado" a mi hija.

La muchacha se había encerrado en un obstinado silencio, testarudo, hostil, pero la madre la había llevado al médico que sentenció:

—Su hija es ya, ahora, como usted, mujer, desde hace mucho.

Y el culpable, el asesino, era yo.

Mi padre compadeció con gravedad:

—Cierto, señora; es una cosa dolorosa. Pero debía estar Vd. más atenta. Sabe, ¡son muchachos! y ahora ¿qué se hace? Este, antes que llegue a ganarse cien francos al mes!... uh! uh!... pasarán todavía siete u ocho

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

años. Su hija es una chiquilina... Si quiere que se case... mire... Pero con tantos años que tienen que transcurrir... no se adelantará nada.

La buena madre se desvaneció. Más adelante María terminó en un instituto correccional.

La ví pasar entre sus compañeras con un vestido gris de tela, y un moño azul en su trenza rubia.

Tenía los ojos turbios, oscuros, como cuando, de pequeña, me quería. Y de nuevo, la cara perversa.

¡Oh! ¡Los hombres!

Pobre María. Mía. Que me la quitaron.

Y la "furia" cuando me encontraba por las calles, entre la gente, corría a mi encuentro con el puño extendido y me fulminaba con sus ojos gritando:

He aquí al asesino, ha arruinado mi hija!!! Y el asesino esquivábase, mezclándose entre la multitud.

¿Arruinado? ¿Qué cosa?

Yo había dado a María Velardi, durante tres largas años, un joven amor y la alegría cumplida más perfecta.

Ella en su camita de reclusa, las noches, ciertamente, soñaba conmigo retorciéndose, desvariando.

Y aquel dolor era por obra de su madre.

¡Oh! la estupidez humana.

Su madre deseaba que yo muriese, para que así su hija fuese vengada.

Y en el lugar donde ella nos había descubierto, sobre el descanso de la escalera angosta construyó, metido en las paredes, un ridículo altarzuelo que, según su superstición, debía tener un poder maléfico en mi contra.

Aquel altarzuelo en la pared, hacía pensar en brujerías y maleficios de una aldea de Calabria.

Era un pequeño Cristo crucificado, de madera vieja: todo negro, y había puñalitos colgados a los lados del Cristo, sobre la pared, y delante una lamparita de aceite que durante la noche ardía. Era un voto y un maleficio. Ella sostenía que allí, donde, según ella, había arruinado a su hija, por obra de aquel Cristo negro ahumado, yo debía desnucarme.

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

El Cristo en vez, evidentemente más indulgente que su devota, me había perdonado.

La escalera, como muchas escaleras viejas de Roma en los tiempos de mi juventud, no estaba iluminada. Y era estrecha y angosta.

Y cuando yo volvía por la noche, el Cristo, con su luceeita temblequeante de aceite, que la madre indignada no se olvidaba jamás de encender, me hacía ahorrar tres fósforos.

LLEVANDOME DE LA MANO

Sin conocer a ella, acaso no había escrito sobre vosotras, adolescentes.

Ella fué la que me llevó por vuestro mundo, de rincones ignorados, llevándome de la mano.

Tenía trece años.

En Alejandría las chicas de trece años se entregaban a los marineros amigos, por poco dinero, sobre las esteras y las alfombras, bajo el sol, a la intemperie...

Y ya eran amantes clásicas y sabias como hetairas de veinte años.

Conocían el arte de quemar los perfumes de Oriente y de encender la sangre de los hombres con renovadas caricias.

Sabían leer en el languidecer de los párpados entrecerrados y en las turgencias de las venas febriles, el punto preciso del deseo y del ansia.

Interpretaban los jeroglíficos del placer como encanecidas brujas.

Tenía trece años y una sangre loca.

Su nombre era: Gaietta.

O tal vez le había puesto yo ese sobrenombre, descifrando el tintineo de su risa de plata.

Era serena y regocijada como una serena alba de abril. El rostro se lo había modelado un escultor, grie-

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

go, con pétalos de gardenia lavados por el rocío. Los cabellos de raso negro se los había encrespado el viento de la noche que viene del Norte y sacude las florestas y las almas.

Tenía la boca escarlata como ciertas rosas que se abren en Junio sobre los campos y viven un día.

Una noche que yo quería besarla sobre la frente, tembló toda — se azoró, y volviéndose a su alrededor miró si alguien nos podía ver: puso, luego, un dedo en cruz sobre su boca escarlata y sacando el dedo, me ofreció la rosa que deslumbró más viva en el estremecimiento del ansia loca.

Mordió un beso, como una fruta sabrosa, largamente, deshaciéndolo sobre su lengua, que me pasaba sobre las encías entre los dientes y los labios, como saben hacerlo las amadoras expertas en los besos más lúbricos.

Sacudió sus rulos, echó hacia atrás la cabeza, y rió:

—Tú no sabes...

Y así me condujo a vuestro mundo, llevándome de la mano.

Yo juro ante Dios — si existe — que el amor no tiene edad.

Se anida en las cunas y calienta los miembros paralíticos de los viejos, en los lechos que se transmutarán en féretros después de un estertor espasmódico de agonía.

Deslízase con risa pícara entre los juegos traviesos e infiltra la insidia de sus primeros pruritos en la carne tierna que sabe aún a leche, brota con un fragor de canícula haciendo enloquecer de ansia a los adolescentes en las noches solitarias, cuando viene desde la ventana abierta la primera primavera del sentido con los rayos románticos de la luna y la cálida caricia del siroco, con el perfume de los laureles embriagados de voluptuosidad y el rugir lejano del mar; lescivo cosquillear de ondas sobre las tiernas piernas de las sirenas.

Como en un ser microscópico se hallan, en embrión, todos los órganos que sirven a las vitales funciones de

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

los seres perfectos, así en el mundo de los pequeños existe, en miniatura, todo el amor y todo lo asqueroso del mundo de los grandes.

Y nosotros fuimos chicos y no queremos acordarnos. Preferimos distraer el cerebro y la mirada de tantas meditaciones y observaciones que nos aportarían innumerables, utilísimas enseñanzas. Yo he osado mirar y meditar porque Gaietta me ha conducido al jardín de los pequeños... Llevándome de la mano.

"Si tú no se lo dices a papá". — "Si no lo dices a mamá". — "Con tal que nadie lo sepa".

He puesto el índice en cruz sobre los labios. He jurado con los ojos, vueltos límpidos por la ternura, toda la fe de un muchacho inocente.

Y entonces me tomó de la mano. Y con la otra levantaba el telón del teatro de los pequeños, en el cual se recita la vida como nosotros la representamos.

Pero con la máscara menos dura.

Y he descubierto por qué los niños lloran y ríen fácilmente. Gaietta hizo de apuntador delante del telón de su teatro de pequeños.

—Te lo cuento sólo a tí porque tienes, ahora, mi alma; pues con un beso me has elevado hasta tí o tú descendiste hasta mí.

Todos aquellos que se comprenden tienen la misma edad, pertenecen a la misma generación.

Nadie sabe que yo sé, nadie sabe que nosotros sabemos.

Porque no nos ha enseñado nadie.

Yo estoy cerca de la fuente de la vida.

Puedo contar mis recuerdos sobre la punta de los dedos.

Y no obstante, ya no puedo recordarme como fué que...

Recuerdo que cuando era chica — tenía quizá cuatro años — me dejaban dormir en el mismo lecho grande con mis hermanitos y primitos.

Y nosotros gozábamos ya en unos espasmos incomprensibles y nos atormentábamos con las manecitas y nos

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

besábamos con una dulzura inacabable y nuestras bocas sabían todavía a leche. Eran tan dulces nuestras caricias, en los lechos tibios y bajo las colchas apretadas...

Cuando a los siete años, no nos dejaron más dormir con los varones, yo e Isa — mi hermana — seguimos jugando a "papá y mamá", a "el médico y el enfermo", entre nosotras... y yo hacía de varón y ella de mujer.

Yo e Isa nos queremos mucho, y aún ahora, cuando papá no nos deja bajar al jardín a jugar con los varones, nos acariciamos entre nosotras. Y sobre todo al acariciarnos en los crepúsculos, lloramos de dulzura.

Y al recordar se le llenaban los ojos de lágrimas a Gaietta.

En ese instante se me figuró Safo, y le presté en mi imaginación la cara dolorosa y voluptuosa de la Aurora de Buonarotti. Y me temblaron en la garganta versos de la muchacha de Lesbo, que son escalofríos de aire y espasmos de carne.

Y Gaietta, continuaba:

—Nadie sabe que yo sé, ninguno sabe que nosotros sabemos.

Pero nosotros vivimos nuestra vida. Yo tengo muchos cortejantes, y uno entre todos prefiero, que es bello e inteligente. Se llama Renato: es del Colegio Nacional. Pero algunas veces lo traiciono y entonces él me pega. Y yo me pongo contenta de que me pegue y voy a llorar sobre las piernas de mi hermana Isa, que me besa en la nuca, en los rulos y me consuela.

Entonces gozo y sonrío.

También nosotras, chicas, somos volubles. Pero yo hago el amor sólo por amor.

No hago como Gisella, la hija de la planchadora, que va con todos los muchachos en los bosquecillos por un paquete de chocolatines o por un montón de monedas,

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

que luego las regala al muchacho del herrero. Si no son muchas, el muchacho la maltrata.

Y Gaietta calló, fijando los ojos en el vacío. Tal vez veía el rostro del herrero imberbe, negro de hollín, y en los ojos manchas de maldad.

Yo veía en Gisella, adolescente ignota, prostituta por dinero, el atavismo, a la rubia Friné, y me parecía seguirla por la orilla del Egeo cuando bajaba completamente desnuda a bañarse en el mar, bajo los mil ojos de los atenienses que aplaudían en coro.

La animadora del teatro de los adolescentes, en pocas palabras, me había mostrado todas las alegrías y todas las miserias de la vida de los grandes. Amor, lesbismos, adulterio, celos, violencia y prostitución.

Cuando se mira a través de lentes buenos, aunque el anteojo esté invertido, la vida ofrece siempre los mismos aspectos.

Clodd ya ha escrito:

"De cualquier modo que se miren los pasatiempos de los chicos, resultan una imitación de las ocupaciones serias de los hombres. Sus danzas, sus rondas, los soldaditos de plomo, los cañoncitos, las trompetas, las muñecas y todos los otros juguetes, tienen una gran antigüedad.

El juego de la morra estaba en uso en las calles de la Roma Imperial. La ostra linda, o juego de las conchillas tiene su correspondiente en otro juego en uso entre los Navajos del Nuevo Méjico, etc.

Y ha agregado que el análisis de aquello que gusta a los niños en todo tiempo y en todo lugar, puede conducirnos frecuentemente a descubrir "algún depósito de pensamiento primitivo, alguna conjetura de una filosofía que abrace la vida en su origen y en un destino común y nos ponga en contacto con sentimientos instintivos de la mente inculta que, más tarde, la razón encuentra de valor".

Pero Gaietta, siguió:

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000

Ella fué quien me condujo a vuestro mundo de rincones ignorados, llevándome de la mano.

Y ahora, maravillosos adolescentes, yo os ofrezco la mano para conduciros a pasear por los jardines de la infancia, donde florecen las flores del primer perfume.

Para que tornéis a veros, como en un espejo.

FIN DE "LAS ADOLESCENTES"

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI00005CFF00000000